

# Capítulo 6 - - Justicia

## Merecida: Edición Revisada

### (MHA, OC)

Apartamento de Hisoka, Musutafu.

Salí de mi apartamento, todavía sin sentirme agotado, aunque consciente de que no tardaría en llegar ese momento. Se había enviado un mensaje, y al revisar mi correo escolar, observé que la escuela U.A. ya nos esperaba para el regreso. Estoy seguro de que las declaraciones públicas de All Might habían aliviado gran parte del peso, la fe inquebrantable de Japón en ese héroe alimentaba la percepción de una sociedad fuerte y segura, en lugar de la realidad precaria y superficial que se escondía tras esa fachada. Considerando cuántas vidas había salvado a lo largo de su carrera, no era difícil entender por qué su influencia era tan poderosa; o habías sido ayudado por él, conocías a alguien que sí, o, si ninguna de las dos opciones aplicaba, los medios se encargaban de que al menos supieras de algunos de sus logros.

Mi experiencia con la tragedia me enseñó que para quienes Koji Koda y Rikido Sato habían dejado atrás, no sería consolador alguna palabra, y que el dolor permanecía latente, esperando el momento oportuno para reaparecer. La presencia policial en la estación de tren era mayor, y al llegar a la plataforma, vi a un hombre de figura extremadamente corpulenta rodeado por numerosos individuos que buscaban hablar con él. Lo reconocí por las clasificaciones de héroes: uno de los nombres que figuraba entre los primeros cien —Fat Gum. Su presencia en este lugar, en la estación que sería el último punto antes de llegar a U.A., no era una sorpresa.

Con el considerable flujo de estudiantes que atravesaban este punto de control rumbo a la escuela y tras lo ocurrido, era evidente que la ciudad buscaba colocar héroes en cada zona clave como medida preventiva ante posibles incidentes futuros. Era una demostración de fuerza y un elemento disuasorio, aunque más que eso, parecía una simple cortina delgada y superficial; si temían una nueva invasión, un solo héroe y unos pocos policías no serían suficientes, especialmente cuando los villanos podían teletransportarse más allá de cualquier barrera. Las medidas de protección implementadas en U.A. durante el fin de semana serían suficientes para evitar que esa forma de intrusión ocurriera de nuevo, pero no era factible extender esas medidas a toda la ciudad.

Aquí fuera, un ataque sería enfrentado de la misma forma que siempre: una respuesta rápida de héroes cercanos y la esperanza de llegar antes de que causara demasiado daño. Abrí los ojos al escuchar la llegada del tren a la estación y seguí a los demás pasajeros al ingresar. El chico de cabello azul, que parecía estar en ese vagón en la mayoría de los días, aparecía una vez más, pero

esta vez, no estaba con la cara hundida en una esquina; ahora, conversaba con un chico rubio, alto y musculoso, y casi todos los signos de su habitual ansiedad parecían haber desaparecido, como si una causa desconocida hubiese aplacado su inquietud. La chica de cabello índigo atravesaba la multitud para encontrarse con los dos chicos, conversando en voces susurradas, demasiado lejos para distinguir las palabras.

Es probable que hoy haya una modificación en la estructura de las clases, y si mi intuición no me engaña, se tratará de una discusión centrada en cómo actuar en caso de un nuevo ataque. Hanta, Fumikage, Ochaco, Mashirao y yo habíamos tenido la suerte de contar con la orientación de la Profesora Trecce durante aquel ataque, pero esa suerte no la tuvieron los demás después de ser dispersados. Ninguno de los otros grupos disponía de instrucciones precisas ni órdenes concretas; en cambio, todos fueron arrojados a un lugar hostil, donde los villanos estaban activamente intentando acabar con sus vidas, y estaban limitados por una larga experiencia en la que se les enseñaba a evitar usar sus poderes. No contaban con un héroe que los guiase, ni un profesor que compartiera su sabiduría, ni una estrategia definida sobre cómo debían actuar—que solo dos estudiantes hayan sido víctimas me sorprendió profundamente, quizás para siempre.

"Hisoka", llamó Eijiro.

Bajé del tren y puse un pie en la plataforma, mis ojos escudriñando entre las decenas de personas presentes hasta que finalmente logré verlo. Eijiro salió del flujo general de gente y se unió a mí, caminando a un ritmo más pausado pero manteniéndose cerca.

"Buenos días", le dije.

"Buenos días, amigo", respondió Eijiro con una sonrisa cansada. "Me alegro de que hayas decidido volver."

Era tan extraño oír eso de alguien que tenía mi misma edad, después de tantos años en los que la mayor parte del tiempo había estado solo, que no podía entender qué habría visto en mí para sentir esa manera. Solo nos conocíamos desde hacía unos pocos días, quizás una semana como mucho, apenas lo suficiente para rascar superficialmente quién era realmente cada uno, pero sin embargo, él de alguna forma se alegraba de que no hubiese desaparecido de la escuela U.A.—y, más allá, descubrí que mis propios sentimientos reflejaban esa misma emoción.

"Me alegra también que hayas vuelto", respondí, "¿Fue difícil convencer a tu madre?"

Eijiro soltó una risa suave ante la pregunta, mientras cruzaba las manos detrás de la cabeza y reflexionaba.

"No tanto como pensaba", admitió Eijiro. "Aunque, hice que llorara, así que eso no fue bueno—solo está preocupada por mí."

Asentí en silencio ante sus palabras.

"Anoche hablé con Ashido y casi puedo asegurar que ella también vendrá", dijo Eijiro, mirando hacia el cielo. "Solo espero que los demás también vuelvan."

Por lo que había observado de Momo y Tsuyu, junto con sus respectivas familias, estaba bastante seguro de que ambas regresarían a clase con nosotros, aunque quizás algo hubiese cambiado desde que me fui, por lo que todavía no valía la pena especular.

"Fat Gum estuvo en la estación", comenté, "Parece que están reforzando la seguridad en Musutafu en respuesta al ataque."

"Sí, oí algo al respecto en las noticias", afirmó Eijiro, "He visto videos de Fat Gum; se supone que es muy fuerte."

"Eso también me han contado", concordé.

"Vaya, pareces bastante agotado", dijo Eijiro, mirándome de reojo. "Tienes ojeras y todo."

"A menudo tengo dificultades para dormir, pero después de lo ocurrido últimamente, ha empeorado notablemente", respondí, "Y tú también luces cansado."

"Sí, la noche del viernes tuve la peor pesadilla y me costó mucho volver a dormir—supongo que todavía estoy recuperándome de eso", dijo Eijiro, dándole unos golpes suaves en el brazo superior. "Lo superaremos, amigo; solo podemos seguir adelante."

El intento de brindar consuelo resultó sorprendentemente encantador; con su buena naturaleza y su sincero sentido de empatía—muy alejado de las fingidas imitaciones que yo utilizaba para aproximarme a ello—una persona como Eijiro Kirishima era mucho más apta para aliviar a los demás que yo en ningún momento podría ser.

"Sí," dije, quizás un poco más suave. "La única manera es seguir adelante."

Clase 1-A, Musutafu.

El asiento vacío frente a mi pupitre había desarrollado algún tipo de magnetismo visual, porque seguía encontrándome mirando hacia donde debería haber estado sentado Koji Koda. Eijiro hacía tiempo que se había instalado en el extremo del escritorio de Kyoka—el constante debate sobre héroes famosos lograba incluso sacar a Katsuki de su habitual actitud dura—pero cuando ella logró llegar a clase, parecía completamente indiferente a su elección de asiento.

"Ese es mi pupitre en el que estás sentada," dijo Kyoka, observándolo con atención. "¿Puedes moverte?"

"Lo siento, Jiro," respondió Eijiro, con timidez. "Aquí, déjame arreglarlo."

Eijiro ya se había deslizado al lado y luego usó la manga de su uniforme para limpiar la parte superior, intentando devolverle su acabado brillante habitual. Jiro apartó la mirada, intentando—y fallando—disimular la diversión que le producía la repentina obsesión del chico por limpiar. Eijiro intentó colarse por la abertura detrás del asiento de Katsuki para darle espacio y permitirle sentarse, pero terminó golpeándolo en el proceso—

“No golpees mi silla, idiota,” gruñó Katsuki, en tono de advertencia. “Pero si todavía no has visto de lo que son capaces los diez mejores...”

“He visto a la mayoría, pero Crimson Riot seguramente debería estar allí,” dijo Eijiro, contento en la fila del pasillo. “Es una auténtica bestia, ¿verdad, Midoriya?”

Izuku pasó de intentar parecer dormido sobre su escritorio a ponerse erguido en menos de un segundo, sorprendido por su repentino protagonismo en la conversación. Katsuki giró la cabeza para mirarlo fijamente, y durante un momento Izuku titubeó—

“Él ha logrado muchas capturas y rescates, casi tantos como otros en su clasificación, lo cual es impresionante considerando su puesto,” dijo Izuku, visiblemente nervioso. “Pero no creo que su potencial de combate esté a la misma altura que algunos de los otros en el top ten.”

“No te atrevas a estar de acuerdo conmigo, gilipollas,” amenazó Katsuki.

“Por supuesto,” exclamó Izuku, con angustia.

“Vamos, chicos,” se quejó Eijiro, “¿No vieron su pelea la semana pasada? Luchó contra ese tipo, MeatSmasher; realmente le partió la cara.”

“Ese tipo es un completo extra,” negó Katsuki, cruzando los brazos. “Toma a cualquiera de los diez mejores y ponlo contra Crimson Riot, y arrasaría con él—díselo, Deku.”

Izuku parecía estar completamente atrapado, sin saber si debía aceptar la nueva exigencia del otro chico o negarse rotundamente por la petición anterior—lo observé mientras entrelazaba las manos en su cabello, murmurando en un frenesí de pánico mientras intentaba hallar la respuesta correcta.

“La pelea más parecida sería con Crust, pero dependería de cómo se estructurara el combate, cuánto conocimiento tengan ambos sobre el adversario, porque sus particularidades comparten un propósito similar—proteger contra daños,” logró decir Izuku, luciendo desorientado. “Crimson Riot ha demostrado que puede usar tácticas avanzadas para derrotar a villanos físicamente mejorados en el pasado, y si supiera con quién pelea con antelación, desarrollaría una estrategia considerando sus fortalezas y debilidades.”

Eijiro sonreía ante el aspecto positivo de su intención, aunque Katsuki parecía ir aumentando su molestia cuanto más hablaba.

“Sin embargo, Crust ha demostrado una amplia variedad de técnicas con sus escudos, incluyendo tanto la defensa en corto alcance como el ataque a larga distancia; sabemos que puede afilar los bordes como si fueran cuchillas, y con la fuerza con la que puede lanzarlos, esa Ira Carmesí estaría a la defensiva desde el principio,” dijo Izuku, encorvado en su postura. “La Ira Carmesí no tiene opciones naturales de alcance, y si no tuvo tiempo para preparar una estrategia de antemano, tendría que confiar completamente en cerrar la distancia en los primeros momentos del combate—”

“Cállate ya, coño,” gritó Katsuki, golpeando su puño sobre la mesa. “Solo dime sí o no.”

Izuku se recostó en su escritorio, cubriéndose la cabeza con los brazos en un intento de fingir que dormía, pero Tenya abrió la puerta, interrumpiendo el debate en medio de la conversación.

“Muy bien, hoy es nuestro primer día de regreso, y ahora comienza nuestro período de tutoría,” anunció Tenya al cerrar la puerta en silencio una vez más. “Por favor, busquen sus asientos.”

“Ya estamos en nuestros asientos,” dijo Hanta, con curiosidad. “¿Y tú no te has sentado aún?”

“Eso es falso,” exclamó Tenya, bajándose rápidamente a su asiento para evitar que lo acusaran, “Kirishima todavía está de pie.”

Eijiro se sentó con voluntad, regresando a su silla para evitar enredarse aún más en la bien intencionada tiranía de Tenya. Finalmente logré apartar la vista del escritorio vacío frente a mí cuando Shota entró en el pasillo exterior, completamente cubierto de vendas, dejando apenas un pequeño espacio a la altura de los ojos, presumiblemente para poder observar desde detrás de ellas. Sus brazos también estaban vendados, y en cada dedo había cinta, permitiendo el movimiento pero ocultándolos a la vista. Me levanté, avancé por el pasillo y entonces me dirigí hacia la parte frontal del aula.

“¿Higawara?” preguntó Tenya.

Abrí de nuevo la puerta completamente y la dejé allí antes de volver al camino de mi asiento. Shota se detuvo en la entrada, pausando allí por un momento, con la cabeza girada lo suficiente para abarcar toda la habitación—sabía, por experiencia propia, que la vista desde esa posición no resaltaba de manera justa dos de los asientos en particular. La energía en la sala decayó en un instante al notar su presencia, un recordatorio claro de lo ocurrido. Kyoka y Mashirao parecían igual de molestos por la aparición inesperada del hombre fuera del hospital, solo unos días después de haber cargado su cuerpo roto hasta la plataforma—Ochaco ahora miraba fija en su escritorio, con las manos apretando con fuerza los pliegues de su falda, permaneciendo completamente inmóvil.

“Profesor,” pudo decir Mina, “¿No deberías estar todavía en el hospital?”

Shota permaneció en la puerta un momento más antes de avanzar, cruzando el umbral y entrando en el aula con un paso que, a la manera en que podría haber sido descrito, era un arrastre pausado y lacónico.

“No te preocupes por mi salud,” dijo Shota, con la voz apenas audible a través de las vendas. “No es asunto tuyo preocuparte por eso.”

Mina pareció incómoda ante la reprimenda, pero no retrocedió, y si tuviera que apostar, dudaba que las palabras del hombre hubieran disipado realmente su preocupación. Shota llegó a su escritorio y se volvió para enfrentarlos, apoyándose cuidadosamente en el borde de la mesa. El hombre permaneció allí casi un minuto entero, en silencio absoluto, y nadie parecía capaz de encontrar el valor para hablar.

“Koji Koda y Rikido Sato no volverán a esta clase por razones que resultan evidentes; he hablado con sus familiares, y se llevará a cabo una ceremonia privada para ambos,” dijo Shota, con la voz

perfectamente equilibrada. “No se han enviado invitaciones a nadie fuera de sus familias cercanas, y es muy poco probable que eso cambie en los próximos días.”

Cerré los ojos, reacio a mirar a través del vacío que Koji había dejado para observar al hombre al frente de la sala. Se sentía un cambio en el ambiente; la pequeña chispa de alegría que intentaba volver a crecer tras la calamidad ahora había sido aplastada bajo el peso de sus palabras.

“Si desean ofrecer sus condolencias a las familias afectadas, les sugiero escribir una carta, y yo personalmente las entregaré por ustedes,” dijo Shota, “En relación con lo ocurrido en USJ, quiero que todos sepan que los instructores, el personal y los oficiales de seguridad de U.A. High School fallaron en protegerlos—yo les fallé a ustedes.”

La imagen del hombre lanzándose contra una legión de villanos solo para darnos tiempo de escapar y el sacrificio que ello implicaba fueron más que suficientes frente a cualquier fallo en anticipar una invasión sorpresa que nadie podría haber previsto con antelación.

“Profesor,” susurró Ochaco, con la voz temblorosa.

“Todo lo que la prensa ha estado diciendo es correcto; todos están bajo nuestra protección, pero no logramos mantenerlos a salvo en el momento crucial, y ahora dos de sus compañeros ya no están aquí por esa razón,” afirmó Shota, con las vendas alrededor de su muñeca torciéndose de manera extraña mientras su mano se cerraba en un puño. “Mientras decidan seguir estudiando aquí, no puedo garantizar que algo así no vuelva a suceder, especialmente cuando el villano responsable de su traslado ha logrado escapar de la captura.”

“A ese bastardo de la niebla púrpura,” murmuró Katsuki. “Podría traer más de ellos en cualquier momento.”

“Sí, es un don poco común y sumamente problemático dadas las circunstancias,” afirmó Shota, “Mi recomendación para todos ustedes es—renuncien.”

La clase estalló en un murmullo de voces sorprendidas, confundidas y desanimadas.

“¿Profesor,” dijo Izuku, con los puños temblando contra la superficie de su escritorio, “¿estás diciendo que renunciemos?”

“Esto puede volver a ocurrir, y a todos las demás clases también se les ha dado el mismo consejo—déjenme ser claro con ustedes,” afirmó Shota, “U.A. High School se ha convertido en el objetivo de un grupo violento de criminales que no dudan en matar niños, y podrían atacar en cualquier momento—no podemos predecir si esto es un ataque aislado o el comienzo de una guerra total.”

“Esto debe ser una broma,” dijo Denki.

“No es una broma, Kaminari,” dijo Shota con voz tranquila. “U.A. High School no puede garantizar que no venga otro ataque, y no podemos asegurar que cada uno de ustedes sobrevivirá si llega a suceder.”

Me pregunté si le habían pedido que nos hiciera esa oferta o si, impulsado por su propio remordimiento, la había hecho independientemente de lo que la escuela pretendía. Nadie más se atrevía a hablar, dejando que la sensación aplastante de inutilidad inundara el aula, forzando a las cabezas a inclinarse y a los hombros a encorvarse bajo un peso invisible—pero había una persona que no había bajado la cabeza y que se mantenía erguida, más recta que nunca.

—No hay manera de que vaya a rendirme, —dijo Izuku con voz tensa—. No importa cuántos villanos vengan aquí; nunca abandonaré la Escuela Secundaria U.A.

—Midoriya— —comenzó Shota—.

—El estúpido nerd tiene razón—, dijo Katsuki, levantándose con determinación—. Trabajé como un loco durante horas cada maldito día para poder llegar aquí, y si crees que voy a rendirme en mi camino a ser el número uno por unos monstruos, estás completamente equivocado.

Seguidamente, Tenya se levantó, seguido por Shoto, Eijiro y Fumikage.

—Estoy completamente de acuerdo, profesor—, afirmó Tenya—. Vine a esta escuela porque quiero proteger a las personas de villanos como estos; no podría vivir conmigo mismo si volteara la espalda después de lo que han hecho.

—No me rendiré—, declaró Shoto.

—Yo tampoco—, añadió Eijiro, apretando el puño—. Koda y Sato no habrían abandonado si la situación hubiera sido otra, así que yo tampoco lo haré.

Poco a poco, uno tras otro, todos los miembros supervivientes de la Clase 1-A se pusieron de pie, expresando sus razones para seguir adelante. Me levanté con ellos, pero guardé silencio. Tal vez no conocía realmente a Koji y Rikido, pero había tenido parte en su destino. El peso de eso probablemente recaería sobre todos nosotros por el resto de nuestras vidas, pero ahora solo hay una cosa que debemos hacer por ellos: tomar su sueño de convertirnos en héroes y colocarlo sobre nuestros propios hombros, asegurándonos de que se convierta en realidad. Shota permaneció en silencio ante la unión de 1-A, y pareció tardar en encontrar una respuesta—

—Está bien, lo entiendo—, murmuró Shota, llevando la mano a las vendas que cubrían su rostro—. Si no van a ir a ningún lado, la clase comienza—así que basta de hablar y tomen sus asientos.

El hombre se levantó del borde del escritorio y giró lentamente en aquella misma media vuelta, cuidadosamente tomando un marcador de la bandeja. Lo llevó hasta el pizarrón, mientras la clase finalmente volvía a sentarse, y durante un largo minuto, garabateó en letras grandes y desordenadas un breve mensaje: Festival Deportivo U.A.

—El Festival Deportivo de U.A. se acerca—, dijo Shota al volver a mirar—. Estoy seguro de que todos saben qué es eso.

—Vamos a estar del otro lado—, dijo Tsuyu—. En lugar de verlo desde las gradas.

—Exactamente; todos participarán este año, y eso significa que mostrarán su talento ante toda Japón—, explicó Shota—. Todos los héroes, agencias de héroes, agencias de apoyo y divisiones policiales estarán atentos, y esta será su primera oportunidad para impulsar su futuro profesional.

—Profesor—, preguntó Mezo—. ¿No es este un momento clave para que los villanos organicen un segundo ataque?

—Tiene poca probabilidad, pero no es imposible—, afirmó Shota—. Hay varias razones que lo hacen poco probable, siendo la principal que su objetivo explícito era matar a All Might.

Una oleada de sorprendentes exclamaciones surgió al confirmarse por primera vez, más allá de una simple suposición, y Shota continuó hablando como si nada hubiera ocurrido.

—El Festival Deportivo de U.A. es un evento nacional, con participantes de todas las escuelas de héroes de la región; su seguridad ya es naturalmente alta y la policía estará presente en gran cantidad—, aclaró Shota—. Además, si ocurriera un ataque durante la competencia, los villanos se encontrarían rodeados por decenas de miles de héroes y usuarios de peculiaridades.

La gran mayoría de ellos serían inexpertos en el uso de sus habilidades en combate, pero aun así, eran demasiadas personas para enfrentarse sin una razón válida.

“Un ataque rápido y dirigido podría causar una destrucción masiva, pero si su objetivo es All Might, entonces no tiene sentido arriesgarse,” dijo Fumikage, “Con tanta gente presente y el rechazo público ante el ataque reciente, es mucho más probable que sean aplastados en cuestión de minutos después de mostrarse.”

“Correcto,” afirmó Shota.

“De todos modos, ya no les queda nadie que luchar,” señaló Denki, “La mayoría ya fue capturada, ¿verdad?”

“Ciento veintidós de los villanos que participaron en el ataque inicial han sido capturados, incluido aquel que trajeron para enfrentarse directamente a All Might,” explicó Shota, “Es posible que aún intenten otro ataque, pero no sería una estrategia sensata.”

Shota esperó un momento para ver si alguno de nosotros quería agregar algo antes de aclarar su garganta.

“Dime lo que sabes sobre los eventos que suceden en el Festival Deportivo,” pidió Shota, “Jiro.”

“Sé que han tenido varias carreras de obstáculos,” intentó Kyoka, sin estar preparada para la pregunta repentina. “El año pasado, tuvieron esa sala con agujeros en las paredes que disparaban bolas pegajosas.”

“Carrera de obstáculos. Sala de evasión—anota esto en tus cuadernos,” indicó Shota, “Aoyama.”

“Batallas en equipo,” susurró Yuga, “Uno contra uno y tres contra tres.”

Mientras casi todos en la sala parecían cansados, las ojeras bajo los ojos de Yuga Aoyama eran casi tan evidentes como las mías, y el agotamiento en su voz era palpable.

“Batallas en equipo,” repitió Shota, “Hagakure.”

Hubo una pausa lo suficientemente larga como para que abriera los ojos para comprobar si ella todavía seguía en su asiento.

“Hace dos años, hicieron una carrera de relevo con ocho personas por equipo,” dijo Toru en voz baja. “El año anterior, realizaron una competencia de ‘Rey de la Colina’, con siete equipos de cuatro.”

Cuando Shota nos indicó a todos que dejáramos de hablar y todos nos levantamos en respuesta a esa orden, hubo exactamente dos personas que no dijeron ni una palabra. Yo fui una de ellas, y la otra fue Toru Hagakure. Cuando la llevé a través de la zona del desierto, ella aún no comprendía la magnitud de lo ocurrido; la conmoción cerebral la había protegido del conocimiento de cuán cerca estuvo de la muerte. Ahora, con toda la información a la mano, la energía alegre que había traído a la clase antes de los eventos del USJ ya no se encontraba en absoluto. Sentí una creciente necesidad de hablar con ella, aunque no lograba entender por qué, y si lograba explicarme, ni siquiera estaba seguro de qué diría—pero esa necesidad persistía.

“Relevo. Rey de la Colina,” dijo Shota, “Yaoyorozu.”

“Casi cada año, hay un torneo de eliminación uno contra uno como evento final del festival,” explicó Momo, “Creo que hubo dos ocasiones en la última década en las que no fue así; una fue una ronda de eliminación sin reglas, y otra, un laberinto con equipos de tres y un sistema de puntuación.”

“Buena memoria,” elogió Shota, “Ronda de eliminación. Sin reglas. Laberinto.”

Esperó el tiempo suficiente para que todos tuvieran tiempo de anotar la lista de posibles eventos antes de volver a hablar.

“Cada Festival Deportivo de la U.A. ha sido transmitido en toda Japón y grabado en su totalidad; todo ese material está disponible en línea y en la página web de la escuela,” comentó Shota, “Esa será tu tarea para esta semana. Cada día te asignaré un año diferente para que revises, y quiero que hagas un análisis crítico breve de cada uno, describiendo cómo habrías intentado abordar cada una de las pruebas.”

Izuku ya estaba bosquejando rápidamente una estructura para abordar la tarea, murmurando para sí mientras lo anotaba todo.

“La próxima semana, en clase, revisaremos en grupo los videos que asigné como tarea, y espero que todos conozcan al menos lo suficiente como para participar en un debate sobre las estrategias que cada ganador empleó,” afirmó Shota, “Haz tu tarea, presta atención a los usos creativos de los poderes y busca en ti ese mismo espíritu de creatividad, porque lo vas a necesitar muy, muy pronto.”

Escuela Secundaria U.A., Musutafu.

Midnight nos observaba desde su lugar, encaramada en el escritorio al frente del aula, con los brazos apoyados detrás y una pierna cruzada sobre la otra. La seguí con la mirada al atravesar la habitación hasta encontrar mi asiento asignado—una vez que todos estaban sentados, ella finalmente intervino.

“Cuando decidieron inscribirse en U.A. en primer lugar, tuvieron que firmar diversos formularios, y uno de ellos es especialmente relevante en este momento,” dijo Midnight, “Era una renuncia, y la primera señal concreta de que la carrera que con tanto entusiasmo han elegido quizás no sea siempre tan dulce como parece.”

Observé las líneas de su vestuario mientras ella hablaba, tomando nota de cómo el cuello se ensanchaba alrededor de su cuello y del patrón de botones rojos que recorría su largo, que se inclinaban hacia abajo siguiendo la costura de su bodysuit blanco. Rojo y negro, con un toque de crema en la sección blanca, serían fáciles de hacer, pero esa área blanca tenía un destello de crema en medio, y no estaba segura de cuán difícil sería encontrar un color tan preciso.

“Este es el segundo indicio de que no todo está en orden en nuestro mundo de héroes y heroicidades, pero esto ha sido así desde hace mucho tiempo,” dijo Midnight, cerrando los ojos por un momento. “No es la primera vez que un estudiante muere durante su inscripción en nuestro programa; sin embargo, es la primera vez que sucede en el campus.”

Había un sutil gradiente que se extendía casi imperceptible por sus mangas, fusionándose con sus manos desnudas; el cambio era tan gradual que, tras estudiarlo por un largo rato, no podía identificar claramente la línea.

“Los héroes no son solo espectáculo, y nosotros no somos simplemente entretenimiento; enfrentamos peligros tremendamente reales casi todos los días de nuestra vida—amenazas, violencia, muerte y algunas cosas que quizás superen al resto,” dijo Midnight, ajustándose las gafas rojas en la nariz y ocultando sus ojos en el proceso. “No será la última vez que experimenten algo así, y aunque desearía que no fuera así, quiero que cada uno de ustedes sepa exactamente para qué se han comprometido.”

Midnight se inclinó hacia adelante, desparramando sus piernas hasta que las puntas de los pies tocaron el suelo para sustentar su peso. La cinturilla que llevaba, de cuero grueso en tonos burdeos, dorado cremoso y apariencia artesanal, era más un accesorio estético que algo funcional, y colgaba a baja en sus caderas sin un método visible de sujetarlo.

“Un héroe es un escudo entre los inocentes y los males del mundo; nos entrenamos, estudiamos y nos preparamos como un sacrificio para aquellos que nos observan con esperanza y expectativa,” dijo Midnight antes de que una sonrisa extraña apareciera en su rostro. “Nuestras vidas no nos pertenecen; existimos como una fuerza para proteger a quienes no pueden hacerlo por sí mismos, y si nuestro cuerpo o nuestra vida representan el costo de ello—bueno, supongo que esa es la razón por la que la recompensa es tan buena.”

La broma inesperada alivió parte de la tensión que había impregnado la habitación, y algunas risitas comenzaron a brotar entre los alumnos.

“Estoy seguro de que Aizawa ya les ha mencionado todo eso, pero me gusta cubrir todas las bases—” dijo Midnight antes de frotar las palmas de sus manos en señal de preparación. “Ahora, en cuanto a la clase, me inspiró un pajarito—cuyo nombre definitivamente no es Ashido—que me contó acerca de una discusión interesante sobre algunos de mis productos.”

Tsuyu soltó un croar sorprendido, un sonido que cortó el silencio como un disparo.

“Profesora,” protestó Mina con voz temblorosa. “Dijiste que no dirías nada.”

“Esa es mi frase,” dijo Eijiro con alarma. “¿Por qué diablos le contaste eso?”

“Las ventas no suelen tratarse hasta un poco más adelante en el año, pero creo que tener una buena base desde temprano solo puede ayudar,” explicó Midnight, como si nada hubiese dicho antes. “Conocer tus opciones debería aliviar algunos de los problemas financieros que a veces enfrentamos los héroes.”

“Pero, ¿qué están hablando realmente?” preguntó Kyoka.

“Bueno—” empezó Midnight.

“Realmente no estábamos hablando de nada,” dijo Eijiro, atropellando sus palabras. “Profesora—lo que ella dijo en realidad sucedió en un sueño—que ella inventó como una broma—y todo fue solo un gran malentendido.”

Mina se mostró completamente indefensa mientras la mayoría de la clase se volvía a mirarla, desplomándose en su silla sin tener control sobre la situación que ella misma había provocado.

“Mina,” logró decir Momo.

Aunque apreciaba que intentaran ofrecerme algún tipo de defensa dispersa y contradictoria respecto al Incidente de la Figura Midnight, no me preocupaba tanto por ello como parecía pensar él. De cualquier modo, me interesaba mucho ese aspecto de la carrera de héroe, porque acceder a más recursos que pudiera gastar sin supervisión directa era algo que eventualmente necesitaría para alcanzar mi meta.

“Investigué durante el fin de semana, y el precio de la mayoría de sus figuras está establecido bastante por encima de la media, pero las ventas reportadas también superan ampliamente a su competencia,” intervine. “¿Hubo alguna estrategia activa que usaron para lograrlo?”

Midnight se rió a carcajadas al escuchar la pregunta.

“Ahora tengo un equipo completo de marketing que se encarga de eso, y si les compartiera los detalles exactos, probablemente me crucificarían, pero sí, hay una estrategia deliberada,” afirmó Midnight, levantando una mano para cubrir su sonrisa. “La verdad es que ser héroe paga bien—si

eres un héroe popular, si trabajas para una agencia renombrada, o si tu habilidad puede convertirse en un ingreso secundario rentable.”

Midnight dio un paso atrás, volviendo a recargar su peso contra el borde del escritorio.

“Antes de aceptar esta tarea en la U.A. High School, yo también pertenecía a la primera categoría,” explicó Midnight. “Siempre he sido popular, pero la reputación de la escuela le proporcionó un impulso importante a la mía propia.”

—¿Qué pasa con la tercera categoría? No creo que muchos de nosotros encajemos en ella —dijo Hanta, tomando la palabra—. Bakugo tendría problemas para vender explosivos, estoy seguro, pero, por otro lado, parece gustarle regalarlos sin coste alguno.

Hubo otra oleada de risas tras la punzada, y Katsuki golpeó su mano contra la mesa con fuerza.

—¿Qué acabas de decir, bastardo con cara de salsa de soja? —amenazó Katsuki.

—Cálmate ya —dijo Midnight con una risita genuina—. Las explosiones en sí serían difíciles de vender, claro, pero el nitroglicerina que produce sería una buena fuente de ingresos si lograra encontrar un comprador legítimo.

—Creo que ese es un material que regula bastante estrictamente —comentó Momo—. Venderlo te traería problemas.

—Está regulado, pero existen contratos gubernamentales, científicos o incluso militares para este tipo de subproductos de poderes, y todos son legales —explicó Midnight—. Mi propio poder produce un químico muy buscado y potente, y aunque también cae bajo esas mismas leyes, en varias ocasiones me han contactado quienes poseen las licencias correspondientes —Yaoyorozu, te habrán contactado de inmediato al inscribir tu poder en el registro.

—Sí, así fue —admitió Momo—. Recibo visitas semestrales para asegurar que no produzco nada de la lista de sustancias prohibidas, y hay varias que me han advertido claramente que jamás debo realizar, bajo ninguna circunstancia.

—Actualmente hay una lista de setenta y ocho materiales prohibidos —afirmó Midnight con asentimiento—. Algunas están ahí porque, en grandes cantidades, amenazan la estabilidad económica, pero otras son tan peligrosas que resulta casi imposible manejarlas con seguridad.

Tetrodotoxina. Trifluoruro de cloro. —pensé recordando la lista que revisé años atrás—. Plutonio. Gas mostaza.

—¿Gas mostaza? —repitió Tsuyu.

—Gas lacrimógeno, en realidad —dijo Izuku, con la pluma rallando su cuaderno—. No es un gas en sí, sino un líquido en forma de neblina.

—Todos esos están en la lista, y con buena razón —coincidió Midnight—. Ahora, creo que estábamos hablando de mi figura —dime, ¿cuál de ellas llamó tu atención?

U.A. Escuela Secundaria, Musutafu.

Mina había pasado toda la clase de Midnight deslizando lentamente su asiento, lanzando miradas furtivas hacia mí y el resto del grupo para intentar descubrir quién estaba enojado con ella, y ahora parecía realmente desconcertada. Mi atención estaba fija en Toru, quien avanzó directamente hacia las escaleras que conducían al techo, sin siquiera detenerse en la cafetería primero.

—No puedes dejarnos —intentó Mina.

—Finalmente logré convencer a Bakugo para que almorzara conmigo —dijo Eijiro—. Volveré antes de que termine la comida.

—Hisoka —logró decir Mina—. Tú también vas a comer con nosotros, ¿verdad?

—Lo siento —respondí—. Tengo algo que hacer antes de que termine el almuerzo.

Toru siguió mi mirada hasta la puerta, pero no había nada que revelara mis intenciones. Mina apretaba las manos ahora, mientras el grupo parecía desintegrarse ante sus ojos—así que tomé la palabra antes de que ella pudiera entrar en pánico.

—No te preocupes, Mina —le dije, atrapando su mirada—. No estoy molesto porque le hayas contado a Midnight; deja de preocuparte por eso.

—¡Por fin! —exclamó Mina con alivio—. Bueno, si eso ya no es un problema, busquemos sustitutos para los chicos —Momo, ¿crees que podrías llamar a Todoroki?

“Hisoka quizás no se sienta molesto, pero eso no significa que lo que hiciste esté bien”, dijo Momo, tomando su hombro con firmeza. “Vamos, busquemos una mesa para que pueda reprenderte correctamente.”

Tsuyu se posicionó detrás de la chica para ayudarla a avanzar, mientras ella intentaba clavar sus tacones en el suelo demasiado liso.

“Espera—Eijiro,” chilló Mina. “¿Puedo venir a comer contigo y con Bakugo?”

“Ni pensarlo, chica diablo,” respondió Eijiro mucho después de haberla alejado del alcance del oído. “Todoroki es el tipo fuerte y silencioso, por eso él sería tu reemplazo—¿quién crees que van a reemplazarme a mí?”

Reflexioné un momento sobre la pregunta, comparando a cada uno de nuestros compañeros con el chico que estaba frente a mí. Rikido encajaría bien, pues ambos compartían muchas similitudes exteriores, con una energía optimista y positiva. Mashirao también era compatible, aunque era mucho más maduro y equilibrado. Tenya poseía muchas de esas cualidades, pero estaban

moderadas por una estricta adhesión a la autoridad que Eijiro no poseía realmente. Denki era tal vez el más parecido de todos, aunque su personalidad era mucho más impredecible, a veces rebosante de energía y en otras casi atrapado dentro de su propia mente.

“Denki, o quizás Tenya,” dije.

“Me las veo difíciles aquí,” bromeó Eijiro. “Oye, ¿quieres venir a comer con nosotros? No creo que Bakugo se ponga violento si eres tú—pero incluso si lo hace, tienes más chances de sobrevivir que la mayoría.”

Consideré sugerirle que invitara a Izuku solo para ver su reacción, pero la idea pasó y en cambio me concentré en idear una justificación plausible para no poder acompañarlo.

“Lo siento, Eijiro,” respondí. “Quiero hablar con Toru sobre lo ocurrido en el USJ.”

Las palabras flotaron en el aire por un momento, y me encontré incapaz de creer que las había pronunciado en voz alta—podría haberle dicho que no me sentía bien o que debía hablar con un profesor sobre alguna cuestión en clase. Podría haber inventado media docena de mentiras plausibles, pero ¿por qué precisamente había expuesto mis verdaderas intenciones? Le había dado todos los elementos necesarios para disuadirme—y ni siquiera sabía por qué lo había hecho.

“Fuiste tú quien la encontró, ¿no es así?” dijo Eijiro, extendiendo una mano para darme una palmada en el hombro. “Va a ser una charla difícil, amigo, pero no me preocupa mucho, ya que eres tú el que la tiene que afrontar.”

No hubo juicio, ni atribución de malicia, ni dudas ni intentos de desviarme del camino que había decidido mucho antes de hablar. En lugar de todo eso, mostró una sorprendente confianza en mí y en mi capacidad para conectar con otro compañero de clase—no sabía qué decir ante esa inesperada muestra de confianza.

“Gracias, Eijiro,” logré decir. “Que tengas un buen almuerzo con Katsuki.”

Eijiro chocó su mano con su bíceps y activó su quirk, como preparándose para afrontar una tarea difícil y peligrosa—se estaba convirtiendo en un gesto emblemático en proceso de consolidarse.

“Claro,” respondió Eijiro, sonriendo ampliamente. “Pero mantén los ojos bien abiertos, que voy directo al núcleo de la cuestión.”

Lo vi deslizarse hacia el comedor y cruzar la sala para unirse a Katsuki, el rubio con una expresión de indignación tan marcada en su rostro que me pregunté si realmente había conseguido convencerlo o si simplemente había decidido improvisar. De cualquier forma, ahora tenía una tarea propia que cumplir, y con la confianza que todavía palpitaba en mí por parte de él guiando mi camino, me dirigí hacia las escaleras. Muchas personas en la Escuela Secundaria U.A. tenían una ventaja natural para ocultar sus sentimientos. Se dividían en tres categorías principales; la primera era simplemente resultado de la elección del disfraz, mientras que las otras dos correspondían a distintos grados de cualidades heteromórficas.

La Prisa del Almuerzo, Power Loader y Thirteen eran todos individuos que pertenecían a la primera categoría; trabajaban para ocultar parte o la totalidad de su cuerpo tras una capa de equipamiento. Thirteen, por ejemplo, estaba completamente cubierta por su disfraz, y su voz era enmascarada por un modulador que dificultaba aún más la percepción. Mientras esas medidas estaban en marcha, era imposible leerla realmente como hacía con los demás, pero la había visto sin ella después de la batalla en USJ, cuando la llevaron de urgencia a un hospital mejor equipado para atender sus graves heridas físicas. La vi su rostro, la escuché hablar —y con eso, pude comprobar que more o menos seguía los mismos patrones que utilizaba para decodificar a los demás.

Cementoss, el Director Nezu y Fumikage Tokoyami encajaban en la segunda categoría; los tres se situaban en un espectro con dificultades progresivas. Sus quirks habían distorsionado su apariencia en cierto grado, o poseían alguna cualidad que no podía mapearse perfectamente en el rostro humano, requiriendo mucho más esfuerzo para interpretarlos. Encontraba especialmente difícil leer a Fumikage, porque casi toda su expresión provenía de sus ojos, y la presencia de su pico había convertido la mitad inferior de su rostro en una superficie completamente vacía de emoción. Estaba claro que, desde su lado, Fumikage había desarrollado maneras de potenciar su capacidad de comunicarse; un lenguaje corporal exagerado, un tono dramático y un vocabulario amplio eran recursos que lo llevaban al borde de lo que podría considerarse un rango normal.

Manga Fukidashi, Kojiro Bondo y Toru Hagakure eran ejemplos claros del tercer tipo, ya que sus quirks los llevaban más allá de los patrones que un humano promedio podía reconocer. Sus niveles de cifrado oscilaban desde lo absurdo hasta lo sumamente difícil, llegando a ser físicamente imposibles de descifrar sin un esfuerzo deliberado unilateral o una ayuda externa. Toru se expresaba verbalmente como enérgica, alegre y exagerada en sus respuestas, cualidades típicas de alguien incapaz de comunicarse visualmente. Toda esa expresividad auditiva era claramente un intento de mejorar sus habilidades comunicativas con un único propósito: que los demás pudieran entenderla. No podía ser vista, por eso había aprendido a llenar el aire de ruidos.

Pero eso no había sido todo; la manera en que se movía, la postura que elegía, los desplazamientos intencionados de sus pies y hombros para llamar la atención y ofrecer indicios sobre cómo se encontraba. Incluso los guantes que llevaba eran decisiones deliberadas destinadas a facilitar la comunicación con los demás; hacía gestos amplios y envolventes con las manos, y señalaba de manera clara y universal con los dedos —pulgares arriba, de acuerdo, señalando, dedos extendidos, aplaudiendo— para reforzar su señalización. Toru había aprendido a difundir su presencia de una forma que fuera vista, escuchada y notada porque, si no recordaba a la gente que estaba allí, corría el riesgo de ser olvidada. Si no mantenía actualizados a quienes la rodeaban sobre cómo se sentía, entonces le asignarían una emoción basada en el último esfuerzo que ella hubiera hecho para comunicarla.

Para la mayoría, la confrontación era algo aterrador —incluso algo tan trivial como decirle a alguien cercano que había cometido un error podía salir mal—, pero al menos la incomodidad que surgía en su expresión sería visible para la otra parte. ¿Cuántas veces alguien dijo algo sin querer, ofensivo o grosero, y cuántas veces ella se encogió, se apartó con dolor o se quedó en silencio, nerviosa? Si Toru nunca alzaba la voz para enfrentarlo, ¿cómo podría alguien saber siquiera que esa situación la había afectado? Tal vez ella había guardado esos momentos —de dolor, decepción,

de ser ignorada e invisible— esperando que quizás las personas a su alrededor notaran su incomodidad. Que más tarde —en un tiempo ambiguo que parecía nunca llegar— surgiera un instante en el que pudieran mencionarlo.

En un mundo donde ella se sentía enojada, herida, asustada o sola, y nadie podía siquiera percibirlo. En un mundo donde nadie podía comprobar su estado con una simple mirada. En un mundo donde ella caía en un estado de pura fatiga—fatiga de intentar que la vieran, fatiga de forzar su voz para ser recordada, fatiga de ser lo suficientemente dinámica para lograr una permanencia efímera y fugaz, fatiga de los días, semanas y años esperando a alguien que pudiera conectarse con la chica invisible y comunicarse con su mente invisible, cansada de esperar el momento perfecto, en el instante preciso en que finalmente le permitieran abordar todas esas cosas invisibles que siempre la habían molestado—en un mundo así, una chica como Toru Hagakure quizás nunca llegaría a decir una palabra.

“Toru,” dije, cruzando el umbral y poniendo un pie en la azotea. “Lamento interrumpirte, pero quisiera hablar contigo.”

La valla de malla de acero que servía como barrera alrededor de la azotea del edificio se abultaba hacia afuera, ella apoyada contra ella, con una de sus manos enguantadas apretada alrededor del metal, a unos pocos pies del cuello vacío de su uniforme—sus zapatos estaban en un revoltijo a varios metros de distancia, sus calcetines igualmente dispersos. El cuello de su uniforme giró de forma extraña al escuchar mi voz, y—a través de una rápida serie de inferencias basadas en las arrugas cambiantes en la estructura de su ropa—llegué a la conclusión de que ella había girado la cabeza para mirarme. Uno de los guantes soltó la valla, cayendo apoyado en su falda, mientras el otro se torcía hasta mostrar la palma, aunque los dedos permanecían entrelazados en el metal. La valla se movió de nuevo, el uniforme giró, y estimé que ahora ella me miraba directamente, con la espalda pesadamente apoyada contra el alambre.

“Me llamaste así antes,” dijo Toru, “Supongo que ahora quieres que empiece a llamarte Hisoka.”

Yo no había dejado de caminar, cruzando la azotea en un ligero ángulo a su izquierda, y para cuando ella terminó de hablar, me detuve casi justo a su lado—otros una docena de pequeños movimientos me indicaban que había girado la cabeza completamente de un lado para mantenerme en vista, pero permanecía inmóvil en su posición.

“Eso sería mejor,” acordé.

Más allá de la valla y las altas paredes de la U.A., la ciudad de Musutafu se extendía hasta el horizonte, un millar de gigantes de concreto con patrones de millones de cristales de vidrio. No era la primera vez que contemplaba esa vista desde aquel lugar, pero sí fue la primera vez que realmente visité la azotea de aquel edificio en persona.

“¿De qué quieres hablar conmigo?” preguntó Toru.

Eso era algo que había estado tratando de averiguar desde que surgió ese impulso de hablar con ella, y todavía no lograba encontrar una respuesta definitiva. Todas las líneas de diálogo que había preparado para ese momento de repente parecían equivocadas, así que busqué otra cosa—

“Me preguntaste qué pasó con Koji y Rikido,” dije. “No sé—no sé por qué no te lo conté.”

La valla crujió, el sonido proveniente del lugar donde su mano aún sujetaba el alambre por encima de su cabeza; la torsión de su uniforme sugería que ahora me miraba parcialmente, su hombro apoyado contra la valla—su brazo debía estar doblado en un ángulo muy preciso para lograrlo—y el material de sus guantes empezó a girar bajo la presión de su agarre.

“Me enfadé contigo cuando supe que estaban muertos, pero ya no más,” dijo Toru, “Las únicas que ahora me enojan son las que lo hicieron—lo siento.”

Sentí un destello de algo en mi pecho ante esas palabras, un vínculo tenue que se estiraba entre nosotros, construido sobre un camino demasiado familiar.

“Estaría bien si todavía lo sintieras,” dije, “También estoy enojado conmigo mismo.”

“¿Por qué?” preguntó Toru.

“Si hubiera reaccionado más rápido ante el ataque del villano,” dije, “Quizá podría haberlo detenido antes de que dispersara a todos.”

“Al menos lograste hacer algo; yo ni siquiera empecé a moverme hasta que el portal ya se cerró alrededor de nosotros,” dijo Toru, “¿Quieres saber cuál es la peor parte de todo esto?”

“Sí,” respondí.

“Ni siquiera lo vi suceder,” susurró Toru, “No sé quién los mató, ni a quién se supone que debo odiar—odiar a todos ellos me resulta demasiado vago.”

Había pasado años odiando a un monstruo invisible e informe cuya forma había desafiado todos mis intentos de convertirlo en alguien a quien pudiera alcanzar—la alivio inmenso, apabullante, y el terrible dolor agonizante de haberle puesto finalmente una cara a mi propio monstruo era algo que no podía describir a otra persona sin que al menos alguna parte del mensaje se perdiera.

“Reconozco muy bien ese sentimiento,” respondí. “Toru, ¿hay alguna razón por la cual no estás comiendo nada hoy?”

Había pasado horas traduciendo el patrón que daría forma a la cara de Toru a partir de lo que recordaba en el interior de la zona desértica, y el doble de tiempo esculpiéndola en una estatua que reflejaba exactamente su imagen. Ahora, con esta creciente conexión entre nosotros, había llegado a un punto en que casi podía ver esa estatua superpuesta sobre su cuerpo invisible.

“¿Saltando de la sartén a la sopa de mis hábitos alimenticios?” preguntó Toru, con una expresión curiosa. “¿Realmente viniste conmigo aquí solo para hablar de eso?”

“No, pero me interesa mucho tu respuesta,” dije, “Por lo general llevas tu almuerzo a la escuela, pero hoy no.”

Un recipiente opaco y arreglado la acompañaba todos los días desde que llegó por primera vez aquí, y hoy, estaba ausente— además, no hizo ningún intento por comer la comida gratuita y ya preparada que se encontraba en la cafetería. Toru se movió otra vez; los dedos de su guante parecieron extenderse de forma extraña antes de quedar completamente atrapados en los eslabones de la cadena, colgando en el aire por el viento. La cercanía, la falta de su energía habitual, y mi total incapacidad para leer su expresión facial se mezclaron en una forma que resultaba sorprendentemente peligrosa—el hecho de que ahora faltaran tres extremidades solo empeoraba la situación.

“El otro día en la cafetería—tenía razón sobre ti,” dijo Toru, “Realmente me estabas observando.”

Lo confirmé con un asentimiento.

“Qué raro eres, Hisoka,” dijo Toru, y después de una pausa. “He estado a dieta muy estricta desde pequeña, y esta mañana dejé mi bento en la mesa de la cocina.”

“¿Por accidente?” pregunté, intrigado.

“Sí, por accidente—simplemente se me olvidó,” respondió Toru con una risa suave. “¿Pensaste que me estaba muriendo de hambre?”

“Lo consideraré,” dije, “Toru, ¿puedo suponer que tu incapacidad para interactuar con la luz del sol es la causa de tu dieta?”

Había una pequeña distorsión en la punta del dedo índice de su último guante, aplanándose de manera que sugería que ahora estaba atrapada entre algo—se estiró, y comprendí que ella ahora lo estaba quitando con la otra mano.

—Sí—, dijo Toru—, recibo algo de radiación UV, pero es como la centésima parte de lo que una persona normal obtiene solo por existir.

Era consciente de que existían varios tipos de habilidades que provocaban que el usuario fuera invisible, aunque con mecanismos diferentes; algunos dependían de condiciones, ocultando a la persona de forma selectiva según ciertos criterios—un hombre no puede verme, o personas que miden más de cinco pies no pueden notarme—mientras que otros se basaban en la manipulación de campos y luz. Si ella recibía siquiera esa cantidad de UV, entonces su quirk debía funcionar de forma autónoma, o su invisibilidad operaba de una manera más compleja que solo ser translúcida—algo que ya debería haber intuido, considerando que aún era capaz de percibir el mundo a su alrededor.

—La vitamina D es responsable de muchas cosas—, dije, considerando el problema. —Disminución de los niveles de serotonina, somnolencia, depresión, fatiga, sistema inmunológico debilitado, aumento o pérdida de peso—.

—No necesito que me hagas una lista—, interrumpió Toru—. ¿Por qué las sabes?

¿Estaba enojada por el tema de conversación? ¿Le molestaba que preguntara sobre un asunto médico? ¿Estaba frustrada porque le había recordado eso? ¿Le sorprendía que alguien más entendiera tanto? ¿Le preocupaba que pudiera usar esa información en su contra o difundirla entre el resto de nuestra clase? Tal vez era imposible para mí navegar este tipo de conversación sin poder ver su rostro.

—Cuando era más joven, había preocupaciones sobre mi salud y cómo me presentaba—, dije. —Mi falta de físico, mis bajos niveles de energía y mi actitud distante se interpretaron inicialmente como una somnolencia extrema, y a partir de eso aprendí sobre los síntomas asociados con la deficiencia de serotonina.

No había entendido en ese momento qué significaba realmente eso, y mis intentos por aprender fracasaron casi por completo—era demasiado joven e inculto para leer cadenas de palabras tan complejas y extraer un significado. Pero a medida que crecí y mi comprensión se amplió, todo empezó a tener sentido. Toru no dijo nada ante esas palabras. En cambio, se quitó completamente el guante y lo dejó caer sobre el otro—los cuatro miembros estaban ahora invisibles, y empecé a liberar un pequeño grupo de granos de arena en el aire entre nosotros, como un sistema de alerta temprana.

—Tu comportamiento habitual es mucho más enérgico—, dije. —Supongo que tomas algún tipo de medicación complementaria para mantener ese nivel—.

La dispersión de arena entre nosotros fue desplazada cuando ella se acercó a mi espacio personal—notado, estoy seguro, pero ignorado—, y giré para mirarla por completo por primera vez. Esa sensación de peligro que había estado sintiendo ahora resonaba como una alarma, aunque proviene totalmente de mi mente; mi incapacidad para detectar en qué manos estaban actuando como una amenaza inquietante, que probablemente ni siquiera existía.

—¿Qué te dijeron los doctores cuando eras pequeña, Hisoka?—, dijo Toru, tomándome por la corbata. —¿Te dijeron que eso pasaría con el tiempo? ¿Que cuanto mayor fueras, más fácil sería superarlo?

Sentí cómo me arrastraban hacia adelante un paso, mi pecho presionándose contra su antebrazo invisible, y su apretada mano sujetando mi corbata, que se soltó de su escondite.

—Quizás te dijeron que si tomabas la combinación correcta de medicinas, en las dosis justas y durante el tiempo preciso—, dijo Toru, con el rostro lo suficientemente cerca como para sentir su respiración sobre mi piel con cada palabra—, que encajarías con todos los demás niños.

No respondí, en realidad porque la mayor parte de lo que ella había mencionado era sorprendentemente acertado—mi peculiaridad reaccionó ante la amenaza, siguiendo un hilo inconsciente de mi atención al hacer que granos de arena emergieran de mi piel para llenar el aire, formando lentamente una masa que nos rodeaba.

—Hay una diferencia entre eso y yo—, susurró Toru, en voz casi inaudible—. Quizá exista una combinación adecuada, y tal vez solo un dosaje perfecto para volver a un rango normal—pero, ¿sabes qué, Hisoka?

Podría haber sido irónico que, por mi total incapacidad para leerla, de alguna forma hubiese logrado empujarla a un estado en el que ahora podía transmitir exactamente lo que sentía. La corbata que rodeaba mi cuello se torció en su mano, mientras su ira, frustración y dolor me inundaban—y por primera vez, pude descifrar a Toru Hagakure.

—No importa qué tan bien controles tu dieta o cuánto tiempo tomes medicación—, respondí, contestando a la pregunta para la que ni ella misma esperaba respuesta—. Mientras exista tu peculiaridad, el problema subyacente nunca será resuelto; esto no es un asunto con cura ni una fase que se supere en la vida—es tu vida.

La presión de Toru sobre mi corbata se aflojó ante esas palabras, y la apatía que había estado sintiendo desde que la encontré desplomada en la arena regresó casi tan rápido como la furia la abandonó—veinticuatro garras de arena nos rodeaban, detenidas a medio camino, con los dedos a punto de tocarnos a ambos.

—Sí, toda una vida así, con todo ya marcado para mí—murmuró Toru—. Tomando las mismas pastillas y comiendo las mismas cosas todos los días—realmente quita algo de diversión, ¿sabes?

Toru recorrió con sus dedos mi corbata, enderezando el desastre que había hecho antes de volver a colocarla en su sitio. La tocó una sola vez, como para asegurarse de que no se soltase de nuevo, y luego soltó el agarre—la masa de arena que nos rodeaba empezó a disiparse mientras lograba concentrar mi atención en ella, la estructura de las construcciones se desintegraba en el techo en una cascada que desaparecía.

—Toru—, pregunté—, ¿te saltaste el desayuno también, o fue solo el almuerzo?

—Ambos, pero hoy no es mi día—, dijo Toru—. ¿Vas a regañarme también, Hisoka? Ya basta con eso afuera de la escuela.

Para mantener la posición actual y más segura que habíamos alcanzado en la conversación, recordé un chiste que Eijiro usó apenas media hora antes.

—Una dieta estricta y padres estrictos—, dije con una entonación prestada,—. Toru, la tienes difícil aquí.

Toru exhaló una risa, y sentí cómo su mejilla se movía contra una de las trazas de arena que todavía permanecían en el aire—estaba sacudiendo la cabeza.

“No te preocupes por eso; mis padres están demasiado ocupados para ser estrictos,” dijo Toru antes de que sintiera su mano atravesar el aire frente a su rostro. “Hisoka, la arena se me está metiendo en el cabello.”

Hice un esfuerzo consciente por recoger toda la arena, llevándola de regreso bajo la superficie de mi piel hasta que no quedara nada más que aire abierto entre nosotros.

“Si tus padres no son los que te regañan por no seguir tu dieta,” pregunté, observando el lugar donde antes había estado su rostro, “¿de quién estabas hablando?”

Hubo una pausa marcada en la conversación, unos tonos demasiado largos para que no pareciera completamente fuera de lugar—

“¿Nadie?” dijo Toru, “Supongo que solo me equivoqué al hablar.”

Sin mi arena y sin su ira, la encriptación impenetrable de su habilidad se había vuelto a sellar. Pero, a pesar de mi incapacidad general para leerla y de su confesión de haber cometido un error, estaba absolutamente seguro de que Toru Hagakure acababa de mentirme.

Apartamento de Hisoka, Musutafu.

Buscar a una persona específica era una tarea sencilla— si ya conocías algunos detalles precisos sobre ella. Con su nombre en mano, podías descubrir casi todo acerca de ella. Si tenías su nombre, podías rastrear su presencia en redes sociales en busca de fotos, videos o comentarios para construir un perfil sobre sus actividades diarias y los lugares que visitaba. Una vez que detectabas el patrón, era posible colocarte en los lugares que más probablemente frecuentaba, en los horarios en que más probable era encontrarla. Centros comerciales, restaurantes, bibliotecas, estaciones de tren y cualquier otro sitio que hubiera mencionado. Después, solo quedaba seguirla a casa una vez que supieras dónde estaba, habías visto pasarla, escondida tras una puerta o en la boca de un callejón; todo lo que restaba era seguirla hasta su hogar.

Pero ninguno de estos métodos servía para alguien sin nombre, sin presencia en redes sociales y sin una dirección. Debí comenzar una búsqueda mucho más amplia y sistemática para localizar a mi objetivo. Ya lo había reducido a cinco posibles lugares; dos de ellos eran ubicaciones físicas, mientras que los otros tres constituían bases de datos independientes. El primer sitio a revisar era el restaurante donde se celebró el cumpleaños de Nanami. El avance en algoritmos de compresión y las crecientes capacidades de almacenamiento en los últimos cien años habían permitido que casi toda grabación de seguridad se guardara de forma semi-permanente. Si aún tenían registros de pagos, grabaciones de seguridad o alguna lista de clientes habituales, podría descubrir quién estuvo presente esa noche concreta. Aunque no había garantía de que el hombre con piel azul hubiera pagado por su comida, alguien en esa mesa debía haberlo hecho, y si lograba localizar a esa persona, no sería difícil que me diera los nombres restantes.

Si las grabaciones de seguridad aún se almacenaban, podría usar esas imágenes para buscar rostros claros de cada uno. El segundo lugar en mi lista era el puerto de Shimoda, específicamente, el café donde Minato había visto al hombre de piel azul. Mis objetivos eran los mismos: registros de pagos y grabaciones de seguridad. Pero había otro elemento más: registros de empleo. Si lograba encontrar a la camarera que había atendido a ese hombre aquel día, tal vez él le hubiera dado su nombre cuando ella tomó su orden por primera vez—si tenía suerte, podría verlo escribiendo su nombre en la taza en las grabaciones. El restaurante estaba en Musutafu, lo suficientemente cerca de mi apartamento como para verificarlo en persona sin necesidad de transporte, pero el café se encontraba en Shimoda, en la prefectura de Shizuoka, a unas dos horas y media en tren—o un viaje de ida y vuelta de cinco horas.

Podría usar mi peculiaridad para trazar un camino recto a través de las aguas abiertas de la bahía, olvidándome por completo del tren, aunque el tiempo de viaje seguiría siendo lo bastante prolongado como para que mi ausencia fuera notada. O tendría que convencer a Eijiro de que fuera nuestro próximo destino, o elegir un día en que no se esperara que estuviera en la escuela—y en el que Sajin y Hayami estuvieran ocupados. El otro punto que centraba mi atención era una tarea que requería revisar vastas cantidades de información, pero solo dos de esas tareas podían realizarse desde mi apartamento. La primera consistía en determinar si el hombre de piel azul, o cualquiera de las otras personas que habían estado en esa mesa, estaban ejerciendo su labor de héroes de día, y para ello, lo primero que debía consultar era el ranking oficial de héroes. Aunque pareciera poco intuitivo pensar que alguien implicado en el tráfico humano pudiera también ser un héroe, no se me ocurría mejor estrategia para evitar sospechas que pasar desapercibido. Hasta ahora, no había obtenido ningún resultado, y no había encontrado a ninguno en los primeros doscientos puestos, pero aún faltaba analizar muchas entradas en la lista.

El siguiente lugar a investigar era el Lista No Oficial de Villanos, un archivo en línea gestionado por usuarios que contenía información compilada sobre todos los villanos conocidos públicamente. Se listaban nombres, actos delictivos, detalles de peculiaridades y más, bajo cada entrada. La mayoría de las fuentes eran relatos de primera mano y otro contenido —altamente especulativo— enviado por usuarios, que no había sido totalmente verificado, comprobado o validado como preciso. Sin embargo, había miles de horas de videos de los propios villanos: grabaciones de seguridad, capturas de teléfono y todo lo que los usuarios pudieran encontrar, que ofrecían una visión mucho más objetiva de los hechos.

La Lista de Villanos la consideré como el segundo lugar más probable para encontrar la respuesta a mi consulta, aunque dependía completamente de si el hombre de piel azul había revelado al mundo que era villano desde la última vez que lo había visto. Conocía dos ocasiones en las que él había estado en público, y en ambas, no había intentado en absoluto ocultar su rostro. Si se sentía cómodo entrando a un restaurante y a un café sin cubrirse, era muy probable que su identidad civil no estuviera relacionada con su identidad delictiva. Había revisado la lista en cada instante libre que tenía, y aún no había llegado a la décima parte, pues la pobre organización del sitio dificultaba cada intento de afinar la búsqueda mediante palabras clave.

El último lugar en el que pensé buscar fue, a la vez, la opción con mayor probabilidad de ofrecer una respuesta concreta y también la más difícil de acceder físicamente. Cada persona nacida en Japón que poseía una peculiaridad activa estaba registrada en el Registro de Peculiaridades, pero aunque eso cubría a la mayor parte de la población, no incluía a todos los que vivían en el país. Quienes nacieron fuera de Japón y entraron en el territorio no tenían recopilada su información, y dos de los presentes en esa mesa eran extranjeros: el hombre grande de piel oscura con tatuajes y la niña de cabello bicep, rojos y negros. Los visitantes temporales a Japón tenían un permiso provisional donde se registraba su peculiaridad, pero esa información no se almacenaba en el Registro de Peculiaridades. También es importante señalar que estaba investigando criminales y villanos, lo que sugería que quizás no habían ingresado al país de manera legal, y por tanto, quizás nunca se sometieron a una evaluación de peculiaridad. Todo ese sistema fue implementado en los últimos treinta años, por lo que quienes nacieron antes de su instauración todavía podrían haberse escapado de su control.

Más allá de todo eso, el tres por ciento de la población había eliminado por completo los detalles de su peculiaridad del sistema QR, dejando solamente un nombre legal, una imagen que los identificaba y la existencia de una habilidad. Para un uno por ciento de la población, eso se redujo aun más, quedando como únicamente un alias. El mismo All Might pertenecía a ese uno por ciento, al igual que una gran parte de los cien mejores héroes; Thirteen, Hawks y Mirko también caían en esa misma categoría, pero incluso el héroe caído Nagant cumplía con esos criterios. Dentro de ese rango, también existían agentes gubernamentales de alto rango, políticos y otras familias influyentes.

Endeavour era un ejemplo de un héroe en esa categoría de uno por ciento que había visto toda su información privada y personal divulgada por internet: su identidad civil y la de sus familiares eran ahora de dominio público. Cómo lograba All Might evitar ese mismo destino sobrepasaba mi comprensión; el hombre debía haber asistido a una escuela en su juventud, tener compañeros que lo conocían o vecinos que lo habían visto, y aunque era mayor que la implementación del Registro de Peculiaridades, seguramente había visitado un hospital cuando era niño—la ausencia casi total de información sobre sus orígenes quizás contribuía en gran medida al misticismo que rodeaba su figura.

El verdadero problema del Registro de Peculiaridades radicaba en cómo iba a acceder a él; oficinas gubernamentales, agencias de héroes, el sistema de salud, las fuerzas del orden, algunos laboratorios de investigación seleccionados e incluso ciertos investigadores privados licenciados tenían distintos niveles de acceso a esa base de datos. En la mayoría de los casos, los edificios con mayor cantidad de privilegios eran los que contaban con un alto grado de seguridad—y entrar en la Comisión de Seguridad Pública de Héroes era algo que me generaba dudas. Eso significaba que tendría que escoger un objetivo que poseyera un nivel de acceso suficientemente alto para que no filtraran ni censuraran mis intenciones, pero que a la vez tuviera un nivel de seguridad que no terminara con mi presencia en la oficina de un agente gubernamental.

Debía ingresar físicamente en el edificio, esquivar los sistemas de seguridad instalados y luego localizar una computadora con los privilegios adecuados para realizar la búsqueda sin ser interrumpido. Entre todas las opciones, la que más me atraía era un hospital, donde el personal estaba sobrecargado y cansado, y donde había, a la vez, muchas personas presentes y muchas habitaciones cerradas con llave. Si dirigía mi atención a la oficina de un médico que estuviera en la cima de la cadena jerárquica, que no estuviera presente en el edificio y cuyo despacho fuera inaccesible para la mayor parte de sus colegas, obtendría un acceso casi ilimitado al Registro de Peculiaridades.

En el año 2149, cada ciudad de Japón contaba con un hospital, y en la mayoría de los casos, tenían más de uno; Musutafu no era la excepción a esa regla.

U.A. Escuela Secundaria, Musutafu.

En un instante—entre un parpadeo y otro—la habitación desapareció, llevándose consigo todos los pupitres y todos los miembros de la Clase 1-A. Me di media vuelta, y el mundo giró por un momento, difuminándose hasta que volvió a adquirir claridad—un vasto desierto se extendía a mi

alrededor, con enormes dunas de arena que se deslocaban como olas sobre un océano. Levanté la vista para descubrir que el sol había desaparecido del cielo, y una miserable lente de luz azul caía, opresiva, sobre el desierto en una gama de tonalidades oscuras. La arena tocaba mis pies, subiendo con cada pequeño movimiento hasta que mis dedos estuvieron enterrados, pero incluso entonces, la conexión que había tenido desde niño ya no existía.

Mi conciencia se negó a dividirse, rechazó mi llamado a sumergirme en la vastedad del amorfo elenco, y la ausencia se sentía como si me hubieran despojado de la vista o de la capacidad de tocar. Me arrodillé y presioné mis dedos contra la materia, intentando alcanzar con mi mente—pero no había nada allí, la arena inerte, fría e insensible. Mi rodilla comenzó a hundirse bajo la superficie como si mi peso se hubiera multiplicado por mil, y cuando intenté retirar la mano, descubrí que estaba atrapada—la arena salpicó por encima de mis muslos, subiendo hasta el codo, la sustancia de repente viscosa y húmeda. La arena azul empezó a ondular desde mi mano, y un escalofrío me recorrió al notar cómo la temperatura comenzaba a descender, mi respiración se convertía en una neblina visible mientras la marea creciente de agua oscura se extendía hacia arriba.

Luché por restablecer la conexión, por arrancar esa arena ahora inexistente para atravesar el agua—pero no respondía a mi llamado. El agua subió más allá de mi pecho, hasta mi cuello, y extendí mi única mano libre hacia el cielo vacío mientras cruzaba mi barbilla—

“Calma, por favor,” dijo Shota desde el frente del aula. “No me obligues a hablar más fuerte solo para que me escuches.”

Miré al frente, con el corazón galopando en el pecho mientras mi cuerpo hacía ondulaciones bajo la ropa, mis ojos se negaban a centrarse, y un punto cercano a la parte posterior de mi cabeza latía al ritmo de mi pulso, un horrible dolor irradiándose desde allí. Doce puntos de perspectiva escudriñaban toda la clase simultáneamente, intentando averiguar si alguien había notado que había quedado dormido.

“Perdón, profe,” dijo Mina, aplaudiendo con las manos. “La próxima vez, susurraré.”

Shota emitió un sonido claramente de desaprobación antes de asentir con la cabeza hacia la pantalla del proyector retráctil detrás de él. Mis ojos reales luchaban por aclararse, dirigidos directamente al rayo de luz que mostraba a dos adolescentes en una especie de escenario de cemento. La falta de sueño persistente empezaba a ser un problema, dejando el mundo nublado e indistinto, y podía sentir cómo mi atención se desmoronaba mientras luchaba por mantenerme despierto.

“La final decisiva del campeonato, hace siete años,” dijo Shota, “no fue un combate muy largo y la reacción del público fue bastante tranquila en comparación con otros.”

Los dos chicos vestían sudaderas deportivas, pero de diferentes escuelas; el de cabello rubio llevaba los colores azul y blanco que prefería U.A. High School, mientras que el de cabello plateado vestía con unos colores que no reconocía—podría ser Ketsubutsu Academy.

“El chico con cabello plateado fue subcampeón del festival deportivo,” precisó Shota, con la vista alternando entre nuestros rostros. “El rubio quedó en primer lugar.”

Momo y Tsuyu reaccionaron a su comentario, moviéndose en sus pupitres y de repente pareciendo mucho más concentradas—alcancé a presionar una mano contra mi ojo derecho, pero el dolor no disminuía en absoluto. ¿Por qué reaccionaron así? ¿Había dicho algo extraño Shota? Debería haber hecho mi tarea. La grabación se reanudó por la misma indicación del proyector—la baldosa de cemento debajo del chico rubio explotó hacia arriba y detrás de él por la fuerza de su repentino sprint. Cada paso dejaba una grieta en la superficie mientras el niño presionaba hacia abajo en un ángulo específico para convertir su fuerza aumentada en impulso hacia adelante. El de cabello plateado permanecía exactamente en su lugar, con las manos levantadas como para prepararse para el impacto inminente—el vídeo se pausó un segundo antes de que chocaran.

“Profesor,” se quejó Hanta, “No puedes detenerte en ese punto.”

Hubo varios ecos de la protesta del niño, pero Shota no dijo nada a esas palabras; en cambio, golpeó levemente el mando a distancia contra su cadera en señal de reflexión.

“Esta situación ya la han enfrentado antes,” dijo Shota, observándolos a través de la grieta en sus vendas. “Es una circunstancia que inevitablemente deberán afrontar una y otra vez a lo largo de sus futuras carreras.”

“¿Luchar contra un chico rubio con súper fuerza?” preguntó Denki, enroscando una mano sobre su bíceps. “¿Son muchos esos por ahí?”

Había demasiadas voces hablando, interviniendo, formulando preguntas y participando que no podía concentrarme en ninguna. La persistente punzada en mi cabeza se fue intensificando, y me aparté la mirada de las ventanas para evitar la luz directa.

“Más bien, fuerza negativa,” dijo Kyoka, “en tu caso, quiero decir.”

“¡Oye, tengo armas, de acuerdo; armas grandes!” exclamó Denki, simulando apuntar una pistola con sus dedos hacia ella. “Solo que no las muestro todo el tiempo—llámalo porte oculto.”

Kyoka soltó una carcajada ante la broma, y al menos otras tres voces hicieron algún comentario en respuesta, aunque no lograba desentrañar ninguna de ellas.

“Eso no es exactamente lo que quería decir, Kaminari,” dijo Shota, “El punto es que te enfrentarás a oponentes que no conoces, y no sabrás detalles acerca de cómo funciona su quirk—esto puede variar desde una inconveniencia hasta un peligro mortal.”

Eso fue exactamente lo que ocurrió en la USJ cuando el villano del portal nos atacó a todos, y si hubiera sabido exactamente cómo funcionaba su quirk—

“Kaminari, has identificado correctamente que el quirk del chico rubio es fuerza aumentada,” dijo Shota, apuntando directamente con el control remoto hacia él. “¿Cómo te enfrentarías a él en esta situación?”

“Eh,” dijo Denki frunciendo el ceño. “¿Honestamente? Creo que me aplastaría.”

idiota,” musitó Katsuki. “No te rindas tan rápido—”

“Ey, no te rindas tan rápido,” dijo Nanami, colocando las manos en las caderas. “Deberías decir que le pegarás por haberme molestado igual.”

Cerré los ojos y presioné aún más el talón de la mano contra mi ojo en un nuevo intento fallido de calmar el dolor—una de las nodos de arena que acababa de reconstruir en el pasillo explotó cuando el mundo volvió a esa dimensión de agua azul insoportable, y clavé las uñas dolorosamente en la palma de la mano para mantenerme despierto.

“Quiero decir, mi quirk no ayuda en la movilidad, así que lo mejor que podría hacer sería intentar esquivar,” dijo Denki, levantando sus dos dedos como pistolas. “¿Dispararle en las piernas, tal vez?”

Denki realizó un patrón de disparo rápido uno-dos, imitando esa acción, y Kyoka soltó otra risa burlona.

“Guarda esas armas, ¿quieres?” dijo Kyoka, divertida. “Vas a herir a alguien.”

El chico guardó sus dedos a la altura de la cintura antes de inclinar un sombrero imaginario en su dirección. Shota, mostrando mucha más paciencia de la que esperaba, no dijo nada ante las continuas interrupciones.

“Supón que estás en el público, esperando tu próximo combate contra este chico,” intercedió Shota. “Sabes todo lo que sabes ahora: que su quirk es basado en la fuerza y que puede aprovecharlo para moverse muy rápido—¿qué haces para ganar esta pelea?”

Denki se reclinó en su asiento, la pregunta aún claramente dirigida en su dirección, dejando en claro que no podría evadir la responsabilidad de responderla.

“De acuerdo, planearía una estrategia para derrotarlo a distancia,” dijo Denki, “si lograra alcanzarlo antes de que comenzara a moverse, probablemente podría vencerlo—supongo que eso solo funcionaría si no posee también resistencia.”

“Adecuado,” dijo Shota, “Ashido, la misma pregunta.”

“Uy,” exclamó Mina, sentándose recta. “Prepararía el suelo a mi alrededor para que, cuando él se acercara, perdiera el equilibrio—y así, le golpearía cuando no pueda contraatacar.”

“Implacable,” dijo Shota, “Ojiro.”

“Ese chico es rápido en línea recta, pero le cuesta cambiar de dirección; además, baja su cuerpo al acercarse, así que piensan en derribar a su oponente,” explicó Mashirao, con los ojos estrechados observando el proyector. “Me esquivaría hacia arriba y me colocaría detrás de él antes de atacar.”

“Inspirador,” dijo Shota, “Bakugo.”

“Que explote al público,” decretó Hanta al mismo tiempo que Tsuyu soltó un “Muere.”

“Idiotas,” masculló Katsuki, “El chico de la cola tenía razón, evita el ataque evidente y luego contraataca por detrás; no podrá usar su fuerza si no puede enfocar su ataque en mí, y la movilidad es una buena respuesta para la fuerza bruta.”

“Acaba de copiar la respuesta de Ojiro,” se quejó Denki, “Haz que lo vuelva a hacer, maestro.”

“Cállate de una vez,” espetó Katsuki.

Al contemplar el escritorio vacío frente a mí, me preguntaba si, con el tiempo, alguien más se uniría a nuestra clase y llenaría ese lugar. Solo habíamos empezado el segundo semana del curso, y encontrar un reemplazo para Koji Koda y Rikido Sato debería ser posible, considerando cuántas personas intentaban ingresar en la Academia U.A. —

“Hoy están bastante revoltosos todos,” dijo Shota, sin un ápice de rigor. “Higawara.”

Momo golpeó con el pie la pata de mi escritorio, y levanté la vista para mirarla un momento antes de seguir su mirada urgente hacia el frente del aula, donde Shota Aizawa me observaba—mi mente agotada se esforzaba por entender exactamente qué me acababa de preguntar.

“Buscaría obtener información adicional antes de actuar,” respondí, dudando si mi respuesta aún era relevante. “No hay suficiente para planearlo con eficacia.”

Shota me observó sin expresión alguna, un silencio angustioso se extendió entre nosotros—una segunda burbuja de arena explotó a dos pasillos de distancia, perdiendo yo el rastro de ella.

“¿Cómo lo harías tú?” preguntó Shota.

¿Cómo haría yo qué—¿obtener la información? La proyector mostraba a dos estudiantes enfrentados, a apenas un metro de distancia. Uno vestía un chándal azul y blanco, el otro uno negro—

“Localizaría a los miembros de la Academia Ketsubutsu y hablaría con ellos,” respondí, muy consciente de la atención que ahora me prestaban. “También circularán grabaciones de las pruebas anteriores de mi oponente; podría usar cualquiera de los métodos.”

Dos respuestas, sería suficiente para escapar de una pregunta adicional—¿qué tan seguro estaba de que aquel estudiante provenía de la Academia Ketsubutsu? ¿Podría tratarse de un vestuario alternativo de alguna otra escuela? Si acudía a la escuela equivocada, no aprendería nada. ¿El fundamento de mi respuesta era siquiera sólido?

“Supondremos que también sabe que usted es su oponente,” dijo Shota, con tono perfectamente neutral. “Sus compañeros no hablarán con su adversario por razones obvias.”

Por supuesto que no, pero él no había mencionado nada acerca de tener conocimientos previos—¿acaso lo había hecho? Si lo había hecho, mi respuesta era absurda. Debería haber dicho

que observara a los miembros de la otra escuela en lugar de hablar con ellos, pues no necesitaba conversar con ellos para aprender algo útil; bastaba con escuchar para obtener suficiente información.

"Si no podía hablar con ellos," dije, forzado a defender una respuesta en la que ya no creía.  
"Buscaría ayuda de alguien más para que hablara en mi lugar."

Probablemente eso no funcionaría por las mismas razones por las que yo no podía hablar con ellos—quienquiera que preguntara sobre la peculiaridad del chico en las semifinales sería sospechoso, y nadie revelaría una debilidad a un desconocido así—Shota no respondió a mi respuesta fallida, y me quedé atrapado en el disgusto que comenzaba a crecer en mi pecho.

"¿Cuántos de ustedes realmente hicieron la tarea?" preguntó Shota, con una voz ligera. "Levanten la mano."

La indiferencia ante mi respuesta fue como una bofetada en la cara, y volví a mirar fijamente mi escritorio mientras el dolor en mi cabeza se intensificaba. Todas las manos se levantaron en el aire, excepto la mía, cuyos dedos estaban firmemente agarrados a los bordes del escritorio—estaba completamente solo.

"Interesante," dijo Shota, "Ahora, mantengan la mano en alto si pueden decirme qué peculiaridad tiene el niño de cabello plateado."

La pregunta los desconcertó a todos, y una ola de inquietud se extendió por el aula mientras Shota los presionaba para que respaldaran su respuesta. Las manos comenzaron a bajar conforme pasaban los segundos, hasta que solo quedaron levantadas las de Denki, Momo, Tenya y Tsuyu.

"Bakugo," susurró Denki, con absoluta confianza. "No puedo creer que no hiciste la tarea."

Katsuki parecía furioso, pero no dijo nada ante el reproche, sus puños apretados sobre su escritorio—en la bruma de insomnio, noté que la mano de Tenya temblaba.

"Kaminari," dijo Shota, "¿Qué hace su peculiaridad?"

Denki levantó su dedo en forma de pistola, claramente disfrutando su momento en el centro de atención—y luego dejó caer el dedo sobre el escritorio, derrotado.

"Tampoco la hice," admitió Denki, con la cabeza baja en señal de humilde disculpa. "Perdón, profesor."

"Tú—" gruñó Katsuki.

"Iida, Yaoyorozu, Asui," dijo Shota, "Escriban la respuesta en su cuaderno y tráiganlas aquí."

Un ruido de papel se oyó mientras los tres comenzaban a cumplir con la tarea—Tenya se levantó repentinamente de su asiento, inclinándose hacia adelante hasta que su cabeza golpeó el borde del escritorio, sus brazos pegados a las caderas en una expresión rígida de disculpa.

"Profesor, por favor, perdóneme," gritó Tenya, "No completé la tarea asignada."

Ochaco se carcajeó, luchando por ahogar su risa con la mano, incapaz de controlarse.

"¿En serio—tú también, lida?" dijo Shota, dejando caer el control sobre su muslo, "¿Qué te impidió terminarla?"

"Profesor," exclamó Tenya otra vez, "Mi hermano mayor vino a visitarnos y la mayor parte de ese tiempo la pasamos practicando juntos, pero cuando se fue, ya era tarde."

"¿Tu hermano es Ingenium, no?" dijo Shota, considerando la respuesta. "Bueno, al menos no perdiste tu tiempo."

Momo y Tsuyu ya habían terminado y se encontraban en la puerta del aula, sosteniendo sus libros para que el profesor pudiera ver lo que habían escrito.

"Bien hecho—lo suficientemente cerca, supongo," comentó Shota, haciendo una revisión rápida a la respuesta de Tsuyu. "Pueden mostrar sus libros a la clase."

Tenya permaneció en su lugar, inclinado hacia adelante sobre su escritorio, mientras las dos chicas giraban para mostrar sus libros en dirección a la clase. Los demás en el aula se movieron incómodos al notar que las respuestas eran completamente diferentes. En la parte superior de la página de Momo, estaban escritas en un estilo pulcro pero curvado las palabras 'Manipulación de peso'. En cambio, Tsuyu había escrito un nombre en el centro de su libro, con las palabras tachadas en una fuente cuadrada, y debajo una cara de chibi sonriendo—Ochaco Uraraka.

—yo—, dijo Ochaco con sorpresa—. Peleé contra el chico rubio.

—Lo supe desde el principio—animó Mina—. Es un buen pelucón, pero no puedes engañarme—.

—Cállate—ordenó Katsuki con rudeza—. ¿Qué diablos hace Airhead en ese libro?—.

—Si hubieras hecho la tarea, lo sabrías—gruñó Tsuyu—. Sus habilidades son muy similares—.

—Hermano, ¿cuál crees que es la respuesta correcta?—exclamó Tenya, presionando aún más su frente contra el escritorio en súplica—. ¿Peso o gravedad?—.

—El efecto de los dos poderes en el video es casi indistinguible—dijo Shota—. Asui tiene razón—.

—Eso no es un buen enfrentamiento—comentó Shoto, desplazándose sin mirar su propio fallo, sin abordar el asunto—. La fuerza mejorada es un poder de combate directo, pero la manipulación del peso no lo es, por lo que no debería estar en las semifinales—. Supongo que eso explica por qué solo quedó en segundo lugar—.

Momo y Tsuyu volvieron a mirarse, mientras Shota pulsaba el botón de reproducción del control remoto—. El chico de cabello plateado cayó hacia atrás justo cuando el rubio llegó, con un pie detrás de él. El rubio chocó con el suelo de estómago contra su pie, lo que lo lanzó hacia arriba y

sobre el chico ahora tumbado en el suelo. En lugar de caer de nuevo al otro lado, el rubio giró por el aire, completamente sin peso y sin poder atraparse hasta aterrizar boca abajo, de espaldas en las gradas junto con el resto del público.

—Gané—exclamó Ochaco con entusiasmo—.

—Buen trabajo, Uraraka—elogió Izuku—.

—Mantén esas ilusiones idiotas para ti—bramó Katsuki—.

—Nos mentiste, profesor—dijo Kyoka—. Dijiste que el rubio había ganado—.

—Era una estratagema lógica para ver si alguno de ustedes había hecho lo que les pedí—. Así que imaginad mi sorpresa cuando solo estos dos reconocieron la mentira—. Pensaba que todos se estaban tomando esto en serio—.

La referencia directa provocó un oleaje de inquietud en la sala—.

—Veré las malditas grabaciones—todas ellas—dijo Katsuki en voz baja—. Podrán preguntarme cualquier cosa sobre ellas mañana—.

—¿Vas a ver diez años de videos en una tarde?—preguntó Kyoka—. En serio—y tú llamaste a Ochaco una cabeza hueca—.

Katsuki se levantó, desplazando su escritorio casi hasta el pasillo con la fuerza, aparentemente al límite de su paciencia.

—¿Creéis que podéis hablarme mal?—gruñó Katsuki, girándose hacia ella—. Al menos yo sé que metí la pata—. ¿Y qué tal si te metes tus orejas chatarra por el—?

Kyoka retrocedió al verlo acercarse, sorprendida por la intensidad de su ira—.

—Basta, Bakugo—ordenó Shota—. Siéntate, ahora—.

Katsuki se detuvo en medio de su siguiente paso, con la mano chispeando dentro de su puño apretado, apretó los dientes y giró sobre su talón. Arrancó su escritorio para volver a colocarlo en línea, con las patas haciendo chirriar el suelo, y se hundió en su silla, sin mirar a nadie más.

—Ustedes, todos, guarden sus comentarios—dijo Shota con la mirada como cristales de hielo bajo las vendas—. Si tienen tanta energía hoy, saquen sus chándales del armario—. Vamos a correr—.

Varias conversaciones surgieron cuando el hombre cerró la puerta tras de sí, y presioné mis dedos en mis ojos mientras la presión en mi cabeza seguía aumentando.

Escuela Secundaria U.A., Musutafu.

El ejercicio de correr en realidad ayudaba a despejar mi mente, y el latido del mareo era ahogado por la oleada de químicos que mi cuerpo liberaba en respuesta a todo ese movimiento. Pero por mucho que agradeciera ese alivio, estaba desperdiciando la poca energía que me quedaba, y sabía que en cuanto dejara de moverme, volvería a esa batalla cuesta arriba para mantenerme despierto. Elegí mi lugar con cuidado, colocándome justo en medio del grupo, pero no lo bastante cerca para que alguien lo tomara como un desafío o una invitación a iniciar una conversación improvisada, como parecía que algunos otros intentaban. Eijiro luchó un poco contra mi intento de evitar la confrontación, pero finalmente se apartó para avanzar, con niveles de energía mucho más altos que los míos, alimentando su optimista objetivo de llegar entre los primeros pilotos.

Ahora, se sentó justo detrás de Shoto y Katsuki mientras ellos libraban una tensa guerra fría. Curiosamente, él mantenía su propia lucha silenciosa, pero mucho más amistosa, con Izuku, quien se había aferrado obstinadamente a los talones de Katsuki, para evidente frustración del otro muchacho—a pesar de sus mejores esfuerzos, los cuatro chicos no estaban ni mucho menos en la cabeza del grupo. Mina y Mashirao estaban adelantados por medio circuito, una ventaja que había ido creciendo lentamente desde que comenzamos. Más allá de ellos, Mezo y Tsuyu libraban una lucha eterna por el segundo puesto, manteniendo un ritmo implacable que solo podía ser explicado por sus atributos físicos individuales. La prodigiosa altura de Mezo, sus largas piernas y su musculatura potenciada por su quirk, lo hacían sencillamente inalcanzable para la gran mayoría de la clase.

Las piernas de Tsuyu, igualmente potenciadas por su quirk, eran un igual a las de él, pero parecía carecer del mismo nivel de resistencia, y pronto quedó claro que en cuestión de resistencia física, ella inevitablemente cedería—nada de eso importaba para Tenya Ida. El joven ya había dado dos vueltas completas a la clase y se encontraba en riesgo de dar una tercera; sus piernas mejoradas por su máquina eran una muestra imparable y constante de velocidad, y su cuerpo parecía especialmente diseñado para correr. Incluso ahora, en esos breves momentos en los que le había visto pasar junto a nosotros, el muchacho ni siquiera respiraba con dificultad. Momo se esforzó, acortando la distancia hasta colocarse a mi lado, lo bastante cerca como para que pudiera oír su respiración.

"Hisoka—¿estás—bien?" logró decir Momo. "Te vi—en clase—"

La niebla de mi energía menguante convirtió en una tarea ardua poner mi mente en marcha para enfocarme en su pregunta, pero ni siquiera podía imaginar un modo de responder o de desviar su preocupación—no en mi estado actual.

"No he—estado durmiendo," respondí, jadeando igual de agotado. "Me está—pasando—factura."

Nunca se lo habría contado, al menos no en el estado de debilidad en que me encontraba ahora, si hubiera estado en mejores condiciones. Momo no respondió de inmediato, aparentando esforzarse por mantener su respiración, y volví a dirigir la vista hacia adelante, limpiando el sudor que intentaba entrar en mis ojos. Shota Aizawa se veía cada vez más grande ante nosotros, en su posición apoyado contra la cerca, sin cambios desde que comenzamos.

"¿Es—por—Koda y—Sato?" logró decir Momo. "Si necesitas—hablar—sobre—"

Sintió un destello de algo que se encendió en mi interior al escuchar sus nombres, elevándose por encima de todo el agotamiento, la niebla, y la oleada de endorfinas—la sensación de haber hecho algo mal, de haber cometido un error, que había permanecido en el fondo de mi mente desde la misión USJ. Ya lo había admitido en la conversación con Toru—aunque todavía no entendía por qué lo había hecho—y eso había llevado al primer plano toda esa culpa. Aunque comprendía que Momo solo quería ofrecirme su apoyo, no podía soportar la idea de que, en alguna pequeña medida, ella relacionara a Hisoka Higawara con las muertes de nuestros compañeros—me incliné hacia adelante y aceleré, quemando mi energía restante para crear distancia entre nosotros antes de que pudiera desmoronarme aún más delante de su buena voluntad.

Momo lanzó un grito de protesta cuando la dejé atrás, pero luego gritó con esfuerzo y luchó valientemente por alcanzarme. Mi respiración resonaba fuerte en mis oídos ahora, y mi corazón latía tan fuerte que casi parecía a punto de romperse en el pecho, pero por un breve momento encontré refugio, acurrucado tras Izuku. Las vueltas se mezclaban unas con otras, y lo único que realmente importaba como métrica de cuánto habíamos corrido era cuántas veces nos había adelantado Tenya—tropecé en la siguiente vuelta, y Shota me llamó desde el grupo al pasar junto a él. Me aparté del grupo, sintiendo una vez más que había fallado en alguna gran prueba, que entre todos los presentes yo había sido el primero en tropezar—el primero en cometer un error.

—Estás pálido, tienes ojeras marcadas y estás mucho más cansado de lo que deberías —dijo Shota sin siquiera dirigirme la mirada—. Incluso te estabas quedando dormido en clase.

Por supuesto, había notado lo evidente—el hecho de que él hubiera estado dispuesto a fingir que no lo había visto era otra evidencia de mi incapacidad para funcionar en este estado. No respondí a sus palabras, usando mi falta de aliento como excusa para no ofrecerle ninguna información.

—No hiciste la tarea y tus respuestas no son ni de cerca tan buenas como sé que eres capaz de dar —dijo Shota, echando un vistazo—. Cuando tu trabajo aquí comience a deteriorarse, me veré obligado a intervenir, así que dime: ¿qué estás haciendo para mantenerte despierto hasta tan tarde?

No respondí, incapaz de contestar a una pregunta tan peligrosa en mi estado actual y esperando poder seguir usando la carrera como escudo un poco más. Él podía estar obligado a preguntar, pero yo no estaba obligado a responder nada que no quisiera—este hombre era exactamente del tipo de persona que no quería revisar a mi alrededor.

—Esa no es una pregunta a la que puedas negarte a responder —dijo Shota, volviéndose para mirarme de frente—. Antes no eras así, así que solo puedo suponer que esto es tu respuesta a lo ocurrido en la USJ—¿estabas cerca de Koda y Sato?

A dondequiera que fuera, parecía que no podía escapar de los sonidos de sus nombres, y esa chispa en mi pecho brillaba con intensidad—la suposición de que él sabía lo que sentía cuando apenas lo entendía yo mismo rompía algo profundo en mi interior. Por un momento, mi piel pareció arder, y al encontrarse con sus ojos, me encontré cuestionando en serio la posibilidad de atacar a aquel hombre.

—Ellos no eran mis amigos, y no sentí nada por Koji o Rikido —susurré, rechazando todo lo que él decía de inmediato—. No sabes nada de cómo me siento—

Me detuve en seco, consciente de lo poco que controlaba lo que decía, de cuánta poca reflexión ponía en ello, y de cómo estaba canalizando todo ese caos interior en un torrente de palabras sin restricciones. Todo lo que había hecho y dicho hoy fue un error—todo este día fue un error. Podría haberlo evitado si me hubiera quedado en casa. Podría haber fingido estar enfermo. Podría haber pasado todo el día revisando las bases de datos restantes. Podría haber pasado horas buscando a Nanami y, en cambio, aquí estaba, perdiendo tiempo y energía corriendo por un campo.

—¿Es eso, acaso? —preguntó Shota—. ¿Estás diciendo que no te importa que dos de tus compañeros hayan muerto?

Las palabras se sintieron como un ataque personal, aunque en ellas no hubiera nada que pudiera señalar como un ataque directo a mi carácter. Sentí que aceptar cualquiera de sus palabras equivaldría a admitir que él definía lo que sentía por mí—algo intolerable, que me hizo clavarme en el suelo, incluso sabiendo que lo que decía no era completamente cierto.

—No me importa —logré decir.

—Si no te importara —dijo Shota—, ¿por qué volviste para salvarlos?

Intenté mantener el silencio, pero esa sensación terrible comenzaba a apoderarse de mi cuello, como una ola de calor que se instalaba detrás de mis ojos y empezaba a deslizarse por mis mejillas hacia mi boca.

—Le dijiste a Midnight que no podías dejar a tus compañeros morir—dijo Shota en voz baja—. Corriste de nuevo al peligro para salvarlos, a pesar de saber que eso te traería problemas—¿acaso suena como alguien que no le importa?

Apreté la mandíbula para evitar que las lágrimas que ardían tras mis ojos se desbordaran, pero no sirvió de nada, el llanto comenzaba a formarse en silencio.

—Este es el deber de un héroe, y por eso actué de esa manera—dije, con los puños apretados a mi lado—. Si los hubiera dejado allí a su suerte, nadie pensaría que soy un héroe—deberían considerarme ya un cobarde por abandonarles.

No podía parar de hablar, aunque sabía que cada palabra que decía era un error más; todo estaba demasiado cerca, tan a mi alcance, brotando sin control—simplemente saliendo, y no lograba manejarlo.

—¿Les has preguntado qué piensan?—preguntó Shota—. Porque para mí parece que tú eres quien hace suposiciones sobre cómo se sienten ellos.

La trampa me tomó por sorpresa por completo, mis propias palabras se cerraron a mi alrededor como una tenaza—justo le había dicho que no asumiera que sabía algo de mí sin una base racional, y ahora aquí estaba, admitiendo que hacía exactamente lo mismo. No podía mantener

una conversación en mi estado actual; eso estaba claro. No estaba siendo cuidadoso. No anticipaba el flujo de la charla. No la dirigía hacia un fin favorable. Solo me destruía a mí mismo delante de un hombre que había arriesgado su vida para salvarnos a todos. Llevaba demasiado tiempo sin dormir, y ya no tenía la claridad mental ni la agudeza de pensamiento para manejar algo así.

—Si quieres fingir que no te afecta lo que les pasó, está bien—dijo Shota levantando la mano en gesto abierto—. Pero dime, ¿qué te mantiene despierto por las noches?

Había una razón perfectamente válida para mis noches sin dormir, una excusa para las ojeras y para mi falta de concentración en clase. Podría haberlo atribuido todo a la pérdida de mi compañero. Podría haber usado eso y la culpa que seguramente él sentía para evitar cualquier reprimenda—pero en cambio, por mi estado mental agotado, permití que él me colocara en una posición donde cuestionaba la historia oficial. La calma que la huida me había proporcionado se desvanecía rápidamente, mi energía fallaba, y con ello, mi ira se tragaba en el interior del caos que me atravesaba.

—Lo siento—susurré, sin estar seguro si eso era para él o para mí—. No puedo seguir así—me voy a casa.

Shota bajó la mano, sus dedos formando un puño flojo que descansó contra su muslo—

—Probablemente sea lo mejor—dijo en acuerdo—. Higawara, asegúrate de cambiarte de sudadera antes de irte—si la llevas a casa, no la lavarán.

Mansión Higawara, Musutafu.

El mundo se sentía extraño ahora, de una forma que no podía describir, y atribuía ese sentimiento únicamente a que había dormido casi todo el día—despertar en la tarde me parecía, de alguna manera, incorrecto. La claridad había vuelto a mi mente, y la pesadez que me había estado arrastrando durante los últimos días había desaparecido por fin. Era un contraste tan marcado que no podía creer que me hubiera deteriorado tanto—debería pedir perdón a Momo y a Shota ambos.

—Aquí estás —dijo Sajin mientras deslizaba la puerta. —Debería haber revisado primero el balcón; ya debería saberlo mejor a estas alturas.

Sajin cerró la puerta tras de sí y se acercó a apoyarse contra la barandilla junto a mí.

—Supongo que se ha convertido en un hábito —dije—. Feliz cumpleaños, Tío Sajin.

—Gracias, pequeño —respondió Sajin, palmeándome el hombro—. Estoy cerca de cumplir medio siglo, lo cual es bastante extraño de pensar; el tiempo simplemente avanza sin que uno se dé cuenta—de vez en cuando, parece que te golpea de golpe.

—¿Vas a jubilarte ahora que eres mayor? —pregunté.

—Qué gracioso —dijo Sajin, aplaudiéndome en el hombro—. Hayami te dijo que me preguntaras eso, ¿verdad?

—Perdona, Tío Sajin —dije—. Le prometí que no hablaría de eso.

—Es como un reloj —dijo Sajin, sonriendo ahora—. Yo esto lo llevo a largo plazo, Hisoka, y la verdad no sé qué haría con todo ese tiempo libre.

—Me alegra —dije—. El Festival Deportivo de U.A. se acerca pronto, y esperaba que pudieras recomendarme en alguna agencia de héroes.

Sajin se rio a carcajadas con esas palabras.

—Eso sonaría como algo que diría ella, pero tengo la sensación de que esta vez es todo tuyo —dijo Sajin—. Tú participarás en el festival; eso será algo digno de ver —me aseguré—. Me aseguraré de tener tiempo libre para ello.

Gracias —le respondí.

—¿Tenías en mente alguna agencia en particular? —preguntó Sajin.

—Habría querido unirme a la tuya si formara parte de alguna —dije—. Actualmente estoy investigándolas; buscaba una que tuviera un enfoque en la investigación, más que una orientada a la respuesta, rescate o combate.

—Esas son menos comunes, por eso me gusta trabajar con la policía —explicó Sajin, mirando el cielo por un momento—. Ellos son los que hacen ese trabajo de pesquisa —¿por qué te interesa esa área?

—Hay muchos villanos en Japón, y la mayor parte de ellos logra evitar ser atrapados —respondí—. Los que sí atrapan parecen tener juicio deteriorado, complejos de personalidad o peculiaridades que les imposibilitan permanecer ocultos por mucho tiempo; con la formación adecuada, puedo encontrarlos antes de que puedan hacer daño a alguien más.

—Es una buena respuesta, pero quiero que tengas en cuenta que no siempre la situación es tan simple cuando se trata de villanos —dijo Sajin, apretándome el hombro por un momento—. A veces, especialmente desde una perspectiva más distante, lo que parecen ser juicios deteriorados o personalidades atípicas en realidad son solo la externalización de la desesperación y el sufrimiento.

—¿Sufrimiento? —pregunté.

Sajin retiró la mano antes de llevarla a su bigote y pasar levemente los nudillos, dándole un pequeño retoque.

—Las personas caen por los márgenes de nuestra sociedad todo el tiempo; algunos llevan vidas terribles, o quizás tuvieron infancias duras, y por eso crecen con una visión distorsionada del

mundo —dijo Sajin—. La presencia de peculiaridades no ha resuelto los problemas fundamentales que existen en nuestra sociedad, y en realidad solo los ha agravado.

Sajin hizo un gesto hacia el horizonte de la ciudad delante de nosotros, donde los edificios resplandecientes y miles de luces brillaban en la oscuridad.

—Todos tenemos un punto de quiebre, y cuando lo alcanzamos, nos vemos obligados a dejar pedazos de nosotros mismos atrás para poder sobrevivir —dijo Sajin—. Cuando alguien llega a esa desesperación, empieza a hacer cosas que sabe que no debería porque nada más parece funcionar.

"¿Fragmentos de ti mismo?" susurré.

"Honor, decencia, amabilidad, empatía, moralidad", dijo Sajin, "Si estás hambriento en la calles y no tienes a dónde acudir, tu capacidad para tomar decisiones acertadas se tambalea—o más bien, las malas decisiones comienzan a parecer las únicas que producen algún resultado."

Sajin levantó su brazo frente a él, y la arena se vertió hacia arriba desde su palma mientras la transformaba en una masa de granos que se desplazaban y cambiaban constantemente.

"Nuestra sociedad está repleta de héroes, personas que se autodenominan salvadores o cruzados, y que están dispuestos a luchar contra los males del mundo", afirmó Sajin, "Pero la realidad es que los héroes no pueden hacer nada para solucionar el problema de raíz."

La arena se enroscó sobre sí misma hasta que All Might quedó sobre su palma, con su rostro emblemático sonriendo en su presencia—la expresión cambió nuevamente cuando Endeavor ocupó su lugar, y la arena chisporroteaba en una imitación de llamas pálidas.

"Los héroes son un martillo diseñado para combatir a los villanos, pero las personas que terminan convirtiéndose en villanos no necesitan un martillo, Hisoka—they need help", dijo Sajin, "A menos que abordemos las condiciones subyacentes que crean a los villanos, estos seguirán apareciendo."

Endeavor giró sobre sí mismo, y una joven tomó su lugar, con el rostro enterrado en las manos mientras se arrodillaba junto a la figura inmóvil de un hombre. La escena cambió otra vez, y la niña creció hasta convertirse en mujer, pero ahora tenía una serie de cuchillos flotando a su alrededor.

"Los héroes llegan en el último momento para salvar el día", susurré. "Pero brindar ayuda a quienes más lo necesitan es la verdadera cura para la villanía."

"Sabía que entenderías, pequeño", dijo Sajin, sonriendo de nuevo. "Hisoka, vamos a entrar; le dije a una amiga que te presentaría a su hijo."

"De acuerdo, tío Sajin", respondí.

En cuanto la puerta se abrió, el eco de dos docenas de voces nos envolvió a ambos, y cuando lo seguí adentro, la situación solo empeoró. Sajin me guió a través de la multitud que Hayami había invitado a la reunión, dirigiéndose directamente hacia una pareja interesante que se encontraba

junto a una mesa, aislada.

"Nyoko, te presento a mi sobrino, Hisoka", dijo Sajin, "Lamento decirte que él huyó y se inscribió en U.A. High School en lugar de en una escuela tradicional."

Sonreí ante la broma recurrente y observé a la mujer frente a mí; Nyoko era alta, aproximadamente media cabeza más alta que Sajin, y su piel tenía un tono negro mate, inusualmente suave. Sus ojos eran perfectamente redondos, dos círculos blancos sin pupilas ni esclera, mientras que su boca era una línea irregular en su rostro.

"Hola, Hisoka; Sajin ha hablado mucho de ti", dijo Nyoko, con una voz extrañamente apagada. "Este es mi hijo, Kiyoshi, y espero que ambos lleguen a ser amigos—me temo que su quirk le ha dejado sin capacidad para hablar."

Kiyoshi se parecía casi exactamente a su madre, con ojos blancos sobre un lienzo de negro mate, pero a diferencia de ella, no tenía boca alguna en su rostro. Como siempre, la visión de esas cualidades heteromórficas únicas despertó mi interés, y sentí curiosidad por muchas cosas.

"Es un placer conocerlos a ambos", dije, inclinando la cabeza en señal de saludo. "Kiyoshi, ¿asistes a Shiketsu?"

Era solo una conjetura, pero no sin fundamento, porque había escuchado el nombre de Nyoko una vez antes, durante la conversación sobre a qué escuela asistiría. El contexto en que fue mencionado sugería que ella era una instructora en Shiketsu, y si eso era cierto, entonces Kiyoshi podría haber sido un alumno allí. Teniendo en cuenta su incapacidad para hablar, esperaba que negara con un gesto o una señal, pero en su lugar sacó un teléfono de su bolsillo y empezó a escribir un mensaje.

—Sí, soy un estudiante de segundo año en el curso de estudios heroicos —recitó el teléfono en voz alta, transformando el mensaje en audio—. Tu tío dijo que tú eras alumno de la Escuela Secundaria U.A.

Sajin y Nyoko ya nos habían abandonado en cuanto terminó de reproducirse el mensaje, desapareciendo hacia una de las habitaciones de invitados en el piso superior. Era evidente que querían que nosotros dos nos conociéramos sin la presencia de adultos vigilando, aunque el motivo por el cual se habían alejado por completo de la fiesta se escapaba a mi comprensión.

—Sí, soy un estudiante de primer año en el curso de estudios heroicos —dije—. Me intriga saber qué tan similares son los programas de ambas instituciones.

Kiyoshi inclinó la cabeza ante la pregunta antes de levantar su teléfono una vez más.

—Quizá intercambiamos opiniones —sugirió—. Por ahora, tengo una pregunta: se informó que la reciente invasión de villanos iba dirigida a una clase de primer año. ¿Estuviste involucrado en eso?

Esa era una pregunta bastante directa sobre un asunto que probablemente debería considerarse delicado. La forma en que se vio obligado a hablar podría explicar lo rígido de su expresión, pero

tenía la sensación de que había otro elemento en juego aquí.

—Mi clase fue la que sufrió el ataque; nos atacaron durante un ejercicio en una instalación de entrenamiento bastante apartada —respondí, examinando sus ojos—. Todo Might fue rápido en derrotar a los villanos cuando se dio cuenta de lo que ocurría.

—Es alarmante —comentó Kiyoshi, levantando su teléfono—. ¿Cómo es en persona All Might?

El cambio de tema fue notable, sin que hiciera más preguntas sobre los villanos o lo sucedido. Era difícil determinar qué pensaba, pues la parte inferior de su rostro no mostraba ninguna expresión, y ni siquiera podía usar el tono de su voz como guía.

—Es enérgico y siempre lleva una sonrisa —dije—. A veces hace chistes tontorrones; una vez insinuó su frase célebre, pero la modificó para anunciar que entraba al aula como una persona normal.

Los ojos de Kiyoshi parecieron cambiar de forma un poco, los músculos en su rostro se levantaron en la zona de la nariz. Era imposible saberlo con certeza, pero quizás estaba sonriendo. Tomé un momento para expresar mi propia curiosidad.

—Kiyoshi, ¿te importaría si te hago algunas preguntas sobre tu quirk? Me interesa mucho su funcionamiento —dije—. Eres un estudiante de segundo año en una escuela de héroes, así que supongo que tiene alguna capacidad de combate, pero no logro discernir su función solo por sus rasgos heteromórficos.

Kiyoshi pareció detenerse un instante antes de escribir rápidamente un mensaje en su teléfono.

—La mayoría de las personas temen preguntarme sobre mi quirk por miedo a herir mis sentimientos —reveló el teléfono—. ¿No te preocupa eso?

La franqueza de la respuesta me recordó a Tsuyu, y me pregunté si podrían haberse llevado bien.

—No hago un juicio de valor sobre ti por tu quirk; simplemente me interesa cómo funciona —le expliqué, observándolo—. Si el tema resulta incómodo, podemos pasar a otra cosa.

—No lo es —escribió Kiyoshi, enviando su mensaje—. Mi quirk me permite absorber cualquier cosa con la que tenga contacto y almacenarla dentro de mí.

Había vuelto a dejar atrás el tema anterior, avanzando de lleno en los detalles de su habilidad sin ninguna pausa. No tuve inconveniente en seguirle el ritmo, aunque podía ser algo impactante para la mayoría. Su quirk mismo podría convertirlo en un contrincante perfecto frente a la mayoría de los combatientes cuerpo a cuerpo, dependiendo de cuán rápidamente se activara. Si tardaba más de un segundo, quizás no fuera así.

“Interesante,” dije, “¿Se activa lo suficientemente rápido para ser útil en combates a corta distancia?”

El teléfono desapareció en su palma, y con un movimiento de muñeca, volvió a aparecer, el mate negro de su piel desprendiéndose como baba—se activaba con rapidez, pero no de forma completamente instantánea. La fuerza de un golpe probablemente afectaría en cierto modo, pero cualquier contacto prolongado solo le beneficiaría.

“Sí, lo hace,” dijo Kiyoshi a través del teléfono. “Prefiero sujetar a mis oponentes.”

Asentí con comprensión.

“Kiyoshi, sin una boca o nariz funcional, debes tener una experiencia no convencional con muchas cosas,” dije. “¿Supongo que puedes absorber oxígeno, agua y nutrientes a través de la piel?”

Los ojos de Kiyoshi volvieron a cambiar, afinándose ligeramente mientras escribía.

“Sí, aunque el proceso lleva mucho más tiempo,” explicó Kiyoshi. “Eventualmente, todo lo que tengo dentro de mí empezará a descomponerse y a ser digerido.”

“Incluso a tus enemigos,” añadí.

Era una broma evidente, y esa misma forma de cambio afectó sus ojos—más evidencia de que la forma familiar era una muestra de diversión, o al menos una sonrisa.

“Sí,” dijo Kiyoshi, “hace que limpiar todo sea mucho más fácil.”

“Si cerraras los ojos y tomaras algo de esa mesa al azar,” pregunté, “¿Podrías identificar qué es solo por el sabor?”

“La forma y la textura serían muy evidentes,” dijo Kiyoshi, “pero no puedo saborear nada convencionalmente.”

Fascinante.

Apartamento de Hisoka, Musutafu.

“¿Recuerdas a Marcus, verdad?” preguntó Sajin.

El oficial que realizó la entrevista tras el incidente en la escuela secundaria Pasana no era alguien que pudiera olvidar tan fácilmente.

“Lo recuerdo,” afirmé.

“Estuvo en la fiesta de anoche, y estaban hablando de ese héroe que llegó desde Australia—va haciendo una pequeña gira mundial,” dijo Sajin, rascándose la barba. “Se supone que trabajaré con él durante un par de semanas, así que estaré bastante ocupado por un tiempo.”

“Entiendo,” respondí. “¿Ya lo has conocido?”

“Marcus es el contacto principal para eso, y todavía no he tenido oportunidad de conocerlo,” dijo Sajin. “El problema es que su nombre de héroe salió en una de sus conversaciones, y el tipo empezó a reírse a carcajadas justo en medio de la estación.”

Incliné la cabeza ante el comentario, sin entender por qué eso le habría hecho reír al hombre.

“Estás tan confundido como yo,” suspiró Sajin. “Marcus tampoco tiene idea—Iré a preguntarle cuando realmente lo conozca.”

Sajin se bajó las rodillas, levantándose del sofá con un gruñido de esfuerzo, hasta ponerse de pie.

“Por ahora, mejor me voy,” dijo, dándome una palmada en el hombro. “Ten cuidado mientras estoy fuera, ¿vale?”

“Lo haré, tío Sajin,” respondí. “Gracias por venir.”

Lo acompañé hasta la puerta y le observé desaparecer por las escaleras, levantando la mano en señal de adiós. Permanecí allí unos minutos, asegurándome de que se hubiese ido, hasta que el cerrojo hizo clic y entré de nuevo en el apartamento. Comencé a quitarme el uniforme, colocándolo en la cesta de la ropa para lavarlo por la mañana. Me puse un sencillo pantalón negro de negocios y una camisa igualmente oscura, sin marcas ni símbolos visibles. Me coloqué la máscara facial de tela negra, ajustando con cuidado las cintas elásticas sobre las orejas hasta que quedó en su sitio. Inserté en el bolsillo un par de pequeñas unidades de almacenamiento portátiles preparadas y permanecí en mi habitación cinco minutos más, por si alguien decidía llamarme o tocar a mi puerta. Cuando no fue así, abrí la ventana de mi apartamento y me disolví en la nada.

Envié una hebra de arena hacia la azotea y luego arrastré mi ropa con ella. Mi arena ya se extendía por toda la ciudad, desplazándose en pequeños nódulos entre los tejados para formar una red que ampliara mi alcance y me permitiera mantener la vigilancia sobre un área mayor. Mi ropa estaba hecha una bola, lanzada hacia el cielo en un arco que la mantenía fuera de vista desde cualquier ventana. El sol ya se había ocultado por completo, y la noche había tomado la ciudad, por lo que un simple punto negro en el cielo nocturno era casi imposible de ver o distinguir. Me llevó siete minutos llegar a la azotea de mi primer objetivo, y mantuve mi ropa a dos edificios de distancia, por si era forzado a huir. Me extendí por la azotea del restaurante, infiltrándome a través de las grietas en el conducto de ventilación.

Dividí cada rama que encontraba hasta tener todo el sistema mapeado, y luego comencé a enviar pequeñas gotas de arena por cada rejilla. Ésta seguía abierta y lo estaría durante una hora más como máximo, pero solo había tres grupos en el interior del edificio; la vista del asiento donde Nanami había estado sentada me dejó paralizado durante mucho tiempo. Podía imaginarla allí en ese momento, rodeada por su familia y la mía, con una sonrisa radiante en su rostro como un faro en mi memoria. La sombra difusa de cinco personas ocupaba la otra mesa relevante, y empecé a intentar hacer coincidir esa escena con la imagen que tenía grabada en mi mente—algo no encajaba. Me demoré un poco en darme cuenta de que habían movido una planta en maceta justo al lado de la mesa, un detalle distraído que me parecía extraño. Observé la escena por un momento más mientras mi arena se filtraba por la rejilla en el techo de la sala de seguridad, y entonces dirigí mi atención principal allí.

La habitación estaba vacía, lo cual era de esperarse porque el guardia de seguridad, en ese momento, se encontraba en la puerta trasera de la cocina, conversando con una joven uniformada como chef. En uno de los lados de la pequeña sala, varios monitores mostraban diferentes tomas de las cámaras del edificio, junto con un bastidor de servidores y tres ordenadores distintos—uno de los cuales estaba encendido y desbloqueado. Los monitores transmitían varias cámaras en tiempo real. La aplicación que gestionaba todo era estampada con un logo familiar, uno que se repetía en casi todo el equipo presente en la sala. Permanecí en forma incorpórea, enviando una docena de finos tentáculos que manipulaban el teclado y el ratón, navegando por las pestañas hasta localizar el menú de configuración. Había una opción para modificar la ruta del archivo donde se almacenaba la grabación, y la usé para abrir el directorio.

Carpetas tras carpetas, comprimidas a una fracción de su tamaño original y fechadas por año—encontré el año veintiuno-cuarenta y uno y extraje esa carpeta. Busqué la fecha correcta—5 de marzo—y la localicé exactamente donde debía estar. Incliné ligeramente el rejillado para deslizar la memoria portátil por la ranura y, luego, la conecté a la computadora. Tras copiar los archivos, comprimí de nuevo la carpeta, devolví la aplicación a su estado previo y comencé a buscar los registros de pagos. Los otros dos ordenadores estaban protegidos con contraseña y tenían un escáner adjunto, pero, al intentar usar la tarjeta perdida del guardia, no lograba desbloquearlos. Busqué en la sala una nota o un objeto con la contraseña escrita, pero el guardia de seguridad ya volvía a entrar. Salí de la habitación, reajustando la rejilla en su lugar, y guardé la memoria en el bolsillo de mi ropa escondida antes de pasar a mi segundo y último objetivo de la noche.

El Centro Médico Bacta era el hospital más grande de Musutafu; constaba de diecisiete pisos, dos de los cuales estaban reservados principalmente para héroes y personal en activo. En esos dos pisos, existía una sala de atención a largo plazo para heridas críticas o de recuperación lenta. En el ala opuesta del edificio, había una instalación de contención médica utilizada exclusivamente para tratar las lesiones de los villanos, vigilada en todo momento por al menos un héroe en servicio; esa era toda la información que logré recopilar investigando en internet. No conocía en absoluto la magnitud de las medidas de seguridad ni la lista de héroes en activo. Al aterrizar en la azotea del hospital, me mantuve disperso en una nube amorfa de partículas de arena difusa, reacio a formar una figura sólida que pudiera ser vista. Mi desconocimiento del sistema de seguridad impedía que actuara de manera imprudente al infiltrarme en el edificio.

Había muchos héroes dotados de habilidades sensoriales, técnicas de visión remota y métodos esotéricos de detección de personas que pudieran estar aquí, pero era imposible cubrir todos los ángulos y, cualquiera que fuera el héroe presente, no podía tener todos los trucos. Aun así, esa incertidumbre llevó al desarrollo de varias estrategias para reducir las probabilidades de ser descubierto. La primera era minimizar al máximo el contacto con el héroe de guardia. Lamentablemente, ese ala en concreto era probablemente la zona que alojaba a los médicos con mayor nivel de autorización, por lo que no podía evitarlo del todo. La segunda consistía en evitar ingresar en las áreas de alta seguridad que seguramente detectarían mi presencia, como el ala destinado a la contención de villanos.

Existirían mecanismos para detener los trucos más comunes, y si intentaba entrar en esa área, la probabilidad de ser detectado por algún sistema que detectara movimiento era mucho mayor que

en el resto del edificio. Tras exactamente cinco minutos sin que apareciera ninguna señal de que me hubieran descubierto, comencé a extenderme por la azotea en busca de puntos de entrada. Encontré cuatro accesos diferentes a la azotea, cuarenta y cinco conductos de ventilación, siete salidas de incendios—en tantos pisos—y una tubería de metal grueso con algún propósito desconocido. Entré por todas las salidas de incendios simultáneamente, siete partículas de arena se deslizaron por debajo de las rendijas en las puertas antes de que cada una se levantara y quedara en las esquinas del techo. Me detuve allí, parcialmente extendido dentro del edificio, esperando una respuesta; y una vez que estuve seguro de no haber sido detectado, empecé a expandir cada partícula en la cantidad mínima de arena necesaria para emergente perspectiva.

Se abrieron siete pasillos delante de mí, no completamente vacíos, pero con suficientes pocos habitantes que me sentí mucho más confiado respecto a mis probabilidades de pasar desapercibido. El séptimo piso era el que albergaba la menor cantidad de personas, así que envié una nueva partícula de arena por el techo, apuntando hacia el ascensor al extremo opuesto del edificio. Llegó allí sin problema, y deslicé esa partícula en el hueco del suelo, antes de enviarla hacia arriba directamente. Utilicé mi posición fuera del edificio y la partícula de arena en su interior para determinar que el ascensor solo llegaba hasta el decimoquinto piso. Los dos pisos de alta seguridad debían tener su propio elevador, aparte del público. El décimo quinto piso estaba sorprendentemente lleno en comparación con los otros, con doctores, enfermeros e incluso guardias de seguridad caminando, moviéndose entre habitaciones y congregándose en áreas abiertas con grandes mostradores curvos—una mujer con mascarilla quirúrgica blanca y cubierta de un visera opaca cruzaba el pasillo justo frente a mí, sin darse cuenta de que la estaba observando.

Encontré el otro ascensor en el lado opuesto del edificio y luego me deslicé por el nuevo conducto, como había hecho con el primero, teniendo mucho más cuidado con mi ascenso. Un grano de arena se deslizó por la abertura y llegó hasta el decimosexto piso, avanzando con cautela hacia la esquina antes de elevarse hasta el techo. Lentamente se expandió — y sentí una oleada de alarma recorrerme al encontrarme mirando directamente hacia abajo a una figura vestida con túnicas negras. El héroe me tenía de espaldas, pero aun así, lo reconocí por su traje; Kesagiri Man poseía un poder quirúrgico basado en la resistencia, no muy diferente a Eijiro, centrado especialmente en sus brazos. Hasta donde yo sabía, no poseía habilidades extrasensoriales ni métodos de detección, lo que me daba mayor confianza para seguir adelante—

“¿Hasta cuándo piensas permanecer oculto?” susurró Kesagiri Man.

Me detuve en seco cuando el hombre avanzó y se apartó del ascensor, observándolo a través de mi arena congelada mientras se detenía frente a la primera puerta a su izquierda—un chillido de alarma surgió cuando un niño atravesó el pasillo, con su bata ondeando a sus pies mientras intentaba escapar. Kesagiri Man ‘persiguió’ al niño a paso tranquilo, y una vez estuve seguro de que no me había descubierto, empecé a extenderme por el techo. Observé las oficinas, las salas y las habitaciones, infiltrándome en cada una de ellas, consiguiendo visualizar toda la planta, salvo del ala de contención. Había tres oficinas con placas doradas en las puertas, pero solo una tenía un cordón colgando del tirador del cajón superior del escritorio—la oficina del Dr. Marcoh.

Mantuve la vista en Kesagiri Man mientras vagaba por el edificio, jugando al escondite con lo que debía ser un paciente de larga duración—y en el proceso, localicé a una persona conocida tendida boca abajo en una cama, tecleando en una tableta. No la había visto desde que la trasladaron en una ambulancia, pero Thirteen parecía igual que entonces. Las vendas envueltas en su torso dejaban claro que aún no se había recuperado completamente, aunque la expresión en su rostro parecía más aburrida que dolorosa. El portapapeles enganchado en la parte inferior de su cama tenía su nombre completo escrito—Anan Kurose. Logré apartar la mirada de ella y volver a la oficina del Dr. Marcoh antes de enviar unos finos tentáculos hacia su escritorio. Acerqué la tarjeta de acceso al lector para desbloquear la computadora, y con el escritorio en pantalla, traté de encontrar la aplicación correcta—una multitud de ellas, todas desconocidas para mí.

Software especializado en diagnóstico médico, bases de datos de medicación, y muchas otras cosas. Finalmente, encontré un ícono que coincidía con el de la página del Registro de Quirks, y al abrirlo, apareció un mensaje en la pantalla. El lector de tarjetas pitó de nuevo, la luz parpadeando en azul. Volví a pasar la tarjeta y evadí la verificación de autorización—apagando el monitor mientras Kesagiri Man pasaba por la oficina en su paseo tras la joven y risueña fugitiva. Cuando él dobló la esquina, regresé a mi tarea. Había multitud de botones, funciones de búsqueda, filtros y complementos, pero todo incluía una descripción emergente que explicaba su función. En la parte superior, una serie de pestañas, cada una un ‘búsqueda rápida’ guardada que seguramente el hombre usaba con frecuencia, y en un intento por familiarizarme con su uso, abrí la llamada con el título más interesante—U.A. High School.

La lista contenía los datos de todos los estudiantes actuales de la U.A. High School, organizados primero por nivel de grado y, en segundo lugar, por orden alfabético. Revisé los nombres en busca de la letra H hasta que encontré un resumen de mi propia inscripción —una pequeña fotografía de mi rostro junto a ella, tomada para mi identificación tras la confirmación de mi ingreso.

Nombre: Hisoka Higawara. Doble: El Fabricador de Arena. Sexo: Masculino. Fecha de nacimiento: 25 de febrero de 2134. Familiares: Katashi Higawara(+), Kichi Higawara(+), Sajin Higawara(+), Hayami Higawara(+).

No estaba del todo seguro de cómo el sistema rastreaba las búsquedas, y aunque deslizarme hacia abajo en una búsqueda rápida precargada no parecía tener repercusiones, ingresar deliberadamente a mi propia ficha probablemente no sería una buena idea. Sin embargo, los nombres de mis padres no eran algo que anticipara ver hoy. Volví a desplazarme por la lista, encontrando rápidamente la entrada de Momo.

Nombre: Momo Yaoyorozu. Doble: Creadora. Sexo: Femenino. Fecha de nacimiento: 23 de septiembre de 2134. Familiares: Ume Yaoyorozu(+), Minato Yaoyorozu(+).

Agarré la barra de desplazamiento antes de deslizarla hacia abajo, hasta llegar a la sección de la letra T en la lista —y entonces me detuve al darme cuenta de que el nombre que buscaba simplemente no estaba presente. Revisé cada uno de mis restantes compañeros de clase, con cuidado de usar solo la barra de desplazamiento, y encontré a todos. Solo había una persona ausente en la lista, una excepción única en nuestro grupo: Toru Hagakure. Fruncí el ceño, saliendo de la búsqueda rápida de ‘U.A. High School’ y escribiendo su nombre en el campo de búsqueda.

Nada. Ni nombre, ni foto, ni entrada; nada. Para entender mejor por qué podía estar ausente, introduje el nombre que acababa de aprender —Anan Kurose. Nada apareció, como esperaba. Ya sabía que su ficha en el Registro de Quinques había sido eliminada de la base de datos, así que no fue una sorpresa. Eliminé el nombre y en su lugar escribí su nombre de héroe.

Nombre: Trece. Doble: Agujero negro.

¿Y qué significaba exactamente esto? Ya sabía que ciertas personas tenían su identidad borrada del Registro de Quinques, pero incluso Trece tenía una entrada —aunque con toda la información eliminada, excepto por su nombre de heroína y el ‘apodo’ de su Quinke. Probé con dos más: All Might y Edgeshot.

Nombre: All Might. Doble: Fuerza.

El nombre del quirk de All Might parecía algo inapropiado considerando el nivel de fuerza que poseía el hombre, pero al menos, la confirmación del formato era satisfactoria.

Nombre: Edgeshot. Doble: Cuerpo plegado.

Sorpresivamente, ambas entradas seguían el mismo formato clasificado, lo que me llevó a una sola conclusión: ¿estaba Toru Hagakure registrada bajo un nombre de heroína? Esa era la única hipótesis lógica. No la encontraba porque su ficha coincidía con el formato de las que habían sido borradas. Escribí “invisibilidad” en un intento de localizar su entrada, pero aparentemente, ese término se había usado como una ‘solución genérica’ para quienes tenían un quirk basado en la invisibilidad, y era un parámetro de búsqueda demasiado amplio, dejándome con seis mil doscientos setenta y ocho nombres. No podía filtrar las entradas, ya que, si mi suposición sobre el formato era correcta, entonces no habría nada más en su ficha.

Ninguno de los estudiantes de mi clase había elegido todavía un nombre de héroe. Lo sabía porque Midnight ya había mencionado que lo abordaríamos en una futura clase. Aunque los alumnos de 1-A hubieran decidido un nombre de héroe, este no sería público hasta que se registrara y se añadiera a la base de datos de licencias. Por alguna razón, Toru Hagakure había sido eliminada del sistema de registros y seguramente ya tendría un nombre de héroe: Kesagiri Man, avanzó por el pasillo una vez más, obligándome a apagar el monitor por segunda vez. Cuando pasó, tomé la decisión de dejar de perder tiempo y hacer lo que había venido a hacer, porque podía investigar el misterio de Toru en otro momento. Dirigí mi atención hacia mi objetivo principal: encontrar a un miembro del grupo que había estado sentado en esa mesa del restaurante.

Sin un nombre, mi mejor método para localizarlos consistía en aprovechar las opciones exhaustivas de filtrado para descartar a las personas según sus atributos físicos.

‘piel=azul’ ‘cabello=negro’ ‘ojos=negros’ ‘heteromórfico=verdadero’ ‘heteromórfico=brazos’ ‘masculino’ ‘edad>18’ ‘edad<45’ ‘altura>165cm’ ‘altura<180cm’ ‘peso>60kg’ ‘peso<100kg’

El resultado fue de treinta y siete registros, muy por debajo de lo que esperaba tras mi búsqueda anterior. Examine cada una de las imágenes vinculadas a esos registros, una por una. Los matices de azul representados por el grupo eran variados, pero ninguno coincidía con mi memoria. Pasé en

revisión cada entrada dos veces más, ajustando los parámetros de altura y peso, en caso de haber sido demasiado estricta, pero simplemente no aparecía el hombre de piel azul. De alguna manera, había logrado evitar su inclusión en el Registro de Dotes—o tal vez, en algún momento posterior, se había eliminado a sí mismo de él. Algo que requeriría acceso físico a la base de datos del gobierno.

Borré los términos de búsqueda y comencé de nuevo, comenzando con la segunda persona más memorable en la mesa. El hombre era un gigante natural, que sobrepasaba a todos los demás en estatura y lucía un traje impecablemente adaptado—probablemente, hecho a medida para su corpulencia. No había ningún parámetro que contemplara modificaciones corporales, como tatuajes, lo cual era una lástima, pues el hombre estaban cubierto de ellos.

‘piel=negra’ ‘cabello=marrón’ ‘ojos=marrón’ ‘heteromórfico=falso’ ‘masculino’ ‘edad>30’  
‘edad<50’ ‘altura>190cm’ ‘peso>115kg’

No había registros. El hombre no era de etnia japonesa, así que esperaba encontrar alguna pista en ese sentido. Si había venido del extranjero y nunca registró su Dote, entonces esta vía no me daría resultados. Sin embargo, dos de las seis personas ya estaban rechazadas, y aún no encontraba nada útil. Continué con una de las dos mujeres presentes en la mesa.

‘piel=blanca’ ‘cabello=rosado’ ‘ojos=rosados’ ‘heteromórfico=verdadero’ ‘heteromórfico=boca’  
‘femenino’ ‘edad>20’ ‘edad<45’ ‘altura>150cm’ ‘altura<165cm’ ‘peso>45kg’ ‘peso<60kg’

La lista se actualizó nuevamente y, esta vez, solo había catorce registros. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo, difuso y amorfo, al encontrarme mirando un rostro que nunca podría olvidar. El primer registro en la lista mostraba a una mujer con prolongados cabellos rosados, ojos del mismo color y una sonrisa monstruosa extendida en su rostro.

Nombre: Susumu Hoshi. Dote: Multisplit. Sexo: Femenino. Fecha de nacimiento: 16 de enero de 2112. Familiares: Yukiko Hoshi (+), Kazuhiro Hoshi (+).

Un nuevo escalofrío atravesó esa fuerza intangible que une cada partícula de arena en mi red; tras ocho años de búsqueda de sombras, errores y falsas pistas, finalmente había hallado un nombre—Susumu Hoshi. Sin dudarlo ni un instante, me dirigí a la ficha completa, sin importarme dejar rastros. El resumen se desplegó en una amplia gama de información, mostrando una imagen más extensa de la mujer, con bata de laboratorio blanca que ceñía su frágil figura, y con dientes afilados que convertían su sonrisa en una expresión aterradora y forzada.

Leí toda la ficha en tres ocasiones consecutivas y luego la revisé una cuarta; Susumu Hoshi nació en Tokio, en Shibuya, en 2112. A los cinco años, desbloqueó su Dote, que se clasificaba como una desviación mental relacionada con la multitarea. Se detallaba minuciosamente su funcionamiento; Susumu podía gestionar dos corrientes de pensamiento a la vez y en paralelo. Hubo dos actualizaciones en su expediente respecto a su Dote, la primera un año después de su registro inicial en el Registro de Dotes. La primera indicaba que su capacidad se estaba fortaleciendo, permitiéndole procesar ahora tres corrientes simultáneamente.

La segunda actualización, un año después de la última, fue similar en su naturaleza, describiendo un nuevo límite de cuatro corrientes. Después de eso, no hubo más actualizaciones, pero sí varias notas en su expediente. La primera fue una nota a la ligera que describía algunos comportamientos extraños observados durante la cita: dificultades para saber cuándo hablar y cuándo escuchar, niveles incómodos de contacto ocular, abruptos cambios de actitud, visible impaciencia, y una referencia a ‘dificultades sociales continuas con sus compañeros’. La segunda nota reportaba que Susumu había rechazado con firmeza participar en futuras citas relacionadas con sus peculiaridades. Esas citas no eran obligatorias, lo sabía, porque me habían pedido volver dos veces para actualizar mi perfil, y ambas veces había declinado hacerlo.

Había otra sección cerca del final que parecía haber sido añadida mucho después. Las notas sugerían una correlación entre su peculiaridad y la gran desviación del comportamiento normal. Los cambios de humor severos eran comunes en ella, ya que aparentemente fluctuaba entre energía y letargo en oleadas, y tenía un historial de volverse rápidamente distante o retirarse de las conversaciones sin una causa aparente. Según lo reportado por sus padres, desarrollaba rápidamente apegos poco saludables u obsesivos tanto hacia profesores como hacia otros estudiantes. Estos comportamientos se habían ido intensificando a medida que envejecía, culminando en un evento sin nombre que requirió que fuera educada en casa desde ese momento.

Observé todo lo que había, memorizándolo todo. Era una lástima que ya no hubiera información de contacto, ya que el único número registrado tenía una nota que decía que ya no estaba en servicio—la luz del ascensor se encendió y las puertas se abrieron un instante después. Pasé el siguiente minuto eliminando con furia toda evidencia de mi presencia, cerrando las búsquedas y apagando el monitor cuando el director Nezu y Shota Aizawa entraron en el pasillo. Kesagiri Man—que seguía jugando al escondite con el niño—cruzó frente a ellos antes de detenerse, al darse cuenta de que alguien había ingresado en el ala mientras él debía estar de guardia.

“Director Nezu,” dijo Kesagiri Man. “Es un placer verte.”

“Igualmente, Keiji,” respondió Nezu sonriendo. “Puedo ver que estás persiguiendo a un infractor.”

“¡Ajá! Solo me aseguro de usar todo lo que me enseñaste cada vez que tengo la oportunidad,” dijo Keiji, llevando una mano tras la cabeza. “Es un buen chico, y ha sido una noche bastante tranquila—Shota.”

“Hola,” dijo Shota con aire cansado. “¿Hemos movido a ella desde la última vez que estuvimos aquí?”

No quería correr el riesgo de que cualquiera de los dos descubriera que estaba allí. Probablemente había dejado huellas en la computadora, y la mejor manera de evitar que alguien lo notara era asegurarse de que nadie echara un vistazo en primer lugar. Una vez que estuve seguro de haber borrado lo que pude de mi presencia en la oficina del Dr. Marcoh, permití que mi forma se disipara y me retiré del hospital con toda la rapidez que pude.

Apartamento de Hisoka, Musutafu.

Por primera vez desde que decidí buscar a Nanami todos esos años atrás, encontrar información fue realmente sencillo. Susumu Hoshi era una prodigio infantil, la estrella en ascenso de su generación, y que solo había brillado con más intensidad a medida que envejecía. Nacida y criada en Tokio, asistió a una escuela primaria local durante dos años antes de ser retirada por ‘dificultades sociales’ y luego educada en casa. A los catorce años, aprobó el examen de ingreso a la Universidad de Tokio y fue aceptada allí, mucho antes de que la mayoría pudiera siquiera postularse. A los dieciséis años, había completado su doctorado, y a los veinte, obtuvo su PhD trabajando en H.J. Labs, un instituto de investigación privado. Susumu Hoshi fue una científica dedicada que dedicó su vida a investigar la biología de las peculiaridades, o, en sus propias palabras, ‘la comprensión, replicación y producción de subproductos de alto valor de las peculiaridades’.

Pero, a pesar de todos sus logros académicos y de todas las citas que mencionaban su trabajo como fuente principal, todo lo que Susumu había hecho en su vida quedó singularmente ensombrecido por un colapso público en el año veintiuno-treinta y seis, cuando atacó violentamente a un colega en H.J. Labs. Posteriormente, fue retirada del lugar, se le terminó el empleo y las imágenes del incidente fueron filtradas en Internet. Susumu Hoshi había sido durante toda su vida una candidata predilecta en Japón, hasta que aquella grabación empezó a circular, y entonces cayó en desgracia. Ahora, había desaparecido casi por completo del ojo público, su presencia en las redes sociales era prácticamente inexistente, salvo por perfiles inactivos y vacíos. A menos que algo hubiera cambiado en los últimos cinco años, Susumu no tenía hijos ni pareja, esposa o compañero.

Las únicas menciones recientes a su nombre provenían de las decenas de referencias a su trabajo en artículos publicados con mayor actualidad, cuya calidad permanecía a la vanguardia incluso después del tiempo transcurrido—pero había una otra referencia a Susumu Hoshi, escondida en una lista de otros nombres dentro de un artículo que describía una próxima exposición científica. Me fui a través del enlace del artículo, y un escalofrío recorrió mi espina dorsal al encontrarme mirando un encabezado muy familiar:

“Isla-I se apertura al público el 20 de julio,” murmuré. “ Presentando la ansiada I-Expo.”

Isla-I, la maravilla tecnológica de una ciudad que servía como hogar para miles de científicos, médicos, ingenieros y héroes de apoyo de renombre mundial. La estructura flotante, con la menor tasa de delitos en el mundo conocido, y el intento de la humanidad de convertir la chispa brillante que habían robado a los dioses en una era de paz y prosperidad—y el destino de dos de las siete naves que podrían haber apartado a Nanami Kureta de Shimoda. Tanto el buque de carga como el de pasajeros eran asuntos que casi descarté de inmediato por la seguridad de renombre mundial presente en ambas. Escalar esas naves parecía tan imposible como subir a Isla-I en sí—existían reportes de noticias de personas que habían intentado, y fracasado precisamente en eso.

Había sistemas de seguridad en marcha, puntos de control que escaneaban para detectar contrabando, y guardias en todas partes. En un barco con tanta seguridad, ¿cómo podía ocurrir un secuestro sin que se notara? Nanami y sus padres habrían aparecido en los escaneos, y los guardias habrían detectado sus buscadas inspecciones en las maletas. Paseé la vista por el artículo, buscando cada línea por el nombre que había generado ese resultado —y, efectivamente,

lo encontré. En la mitad inferior del artículo, dentro de una tabla muy concurrida que contenía nombres de cientos de científicos, inventores, héroes y celebridades. Eran los nombres de quienes vivían en Isla-I, trabajaban allí, y estarían presentes durante la I-Expo. Hice clic en su nombre y solo encontré un breve resumen; Susumu Hoshi residía y trabajaba allí a tiempo completo y realizaría una charla pública acerca de su especialización — Compuestos por Rasgos.

Sabía dónde estaba, y sabía cuándo estaría allí. Mi mano temblaba ahora con tanta fuerza que el cursor en la pantalla se desplazaba, y me recosté un momento en mi silla, con la mente corriendo para recopilar todo lo que sabía. Isla-I era una estructura que contenía tres ciudades diferentes en su interior. Estaba rodeada por muros altos en todos los lados, junto con una plataforma en un extremo que sostenía una pista de aterrizaje para invitados y un muelle que permitía el reabastecimiento mediante rutas marítimas. Los muelles estaban totalmente automatizados y atendidos por la propia fuerza laboral robótica de la isla. Una modificación bastante reciente en los sistemas de seguridad había sido implementada para impedir la llegada de barcos de pasajeros, y ahora cada persona que visitaba la isla llegaba en avión.

Ahora que sabía que Susumu Hoshi estaba involucrado, todo comenzaba a encajar en su lugar—el mayor defecto de cualquier sistema de seguridad siempre había sido el acceso físico, y los secuestradores tenían a alguien tras los imponentes muros de I-Island. I-Island era una utopía, y estas medidas de seguridad envidiables se habían implementado para evitar que personas entraran sin autorización—pero si ya tenían a alguien dentro de los muros, con acceso físico y la mente lo suficientemente brillante como para aprovecharlo, ¿qué importaba eso realmente? El secuestro ocurrió ocho días después del cumpleaños de Nanami, tiempo más que suficiente para que Susumu Hoshi tomara un vuelo de regreso a I-Island.

El barco de carga y el barco de pasajeros habían llegado a su destino, y si Nanami había estado en alguno de esos barcos cuando partieron de Shimoda, entonces habría llegado hasta los muelles. Si había estado en el barco de pasajeros, entonces habría tenido que pasar por el puesto de control de autorización en las puertas principales—lo que significaba que Susumu Hoshi necesitaría acceso a la base de datos que rastreaba a los visitantes. Ya fuera agregando una entrada falsa en la base de datos para justificar su presencia, o previniendo cualquier alerta que pudiera haberse enviado si no encontraba registros. Si ella había estado en el barco de carga, Susumu habría necesitado acceso al sistema automatizado de escaneo de carga para interferir en el proceso de carga y evitar que el escaneo detectara a alguien dentro de uno de los contenedores—cualquiera de los métodos habría sido suficiente para que Nanami cruzara los muros de I-Island. Si ella había llegado como pasajera, entonces habría necesitado que alguien la ingresara a través de las puertas; si había llegado en el barco de carga, habría tenido que ser alguien quien recuperara su cuerpo de los contenedores.

El hombre de piel azul no había estado en el barco durante la transferencia porque se había quedado en el puerto, así que ese no era él, y si Susumu Hoshi estaba adentro asegurándose de que la seguridad no los detectara, entonces ella no podía ser la otra. Quedaba el hombre con todos los tatuajes, la chica con cabello de dos tonos, y el hombre calvo con mostacho—uno de esos tenía que haber estado en el barco en el que la tenían, y otro debía estar dentro de I-Island para hacerse cargo del cuerpo. La situación ahora era clara en mi mente porque había visto las estadísticas miles de veces; una de las causas principales y en aumento de personas desaparecidas eran los

secuestros relacionados con los quirks, y no habría otra razón para haberla tomado.

Susumu Hoshi, un científico deshonorado que estudiaba los subproductos de los quirks, y Nanami Kureta, una chica con un quirks que potenciaba los efectos de los demás. Si Nanami seguía con vida, entonces solo había un lugar donde la encontraría—y, por los caprichos del destino, ya tenía una vía de acceso.

---

Revisión #1

Creado 26 junio 2026 11:51:03 por Diana Prince

Actualizado 26 junio 2026 11:51:07 por Diana Prince